Escribe Charles Simic: Quisiera escribir un libro que fuera una meditación sobre toda clase de ventanas. Ventanas de comercios, ventanas de monasterios, ventanas cegadas por la luz del sol en una calle de ventanas en penumbras, ventanas en las que se reflejan las nubes, ventanas imaginarias, ventanas de hotel, ventanas dentro de una cárcel...ventanas por las que uno se asoma para mirar dentro o fuera. Ventanas que tienen la cualidad del arte religioso, etcétera.

Papel Literario

FUNDADO EN 1943 · 80 AÑOS

DOMINGO 26 DE MARZO DE 2023

•**Dirección** Nelson Rivera •**Producción PDF** Luis Mancipe León •**Diseño y diagramación** Víctor Hugo Rodríguez •**Correo electrónico** riveranelsonrivera@gmail.com/https://www.elnacional.com/papel-literario/ •**Twitter** @papelliterario

PUBLICACIÓN >> *PEQUEÑA LÁMPARA GEMELA*

La única manera de olvidar la belleza. Anotaciones sobre la extraña insomne de Luz Machado

Pequeña lámpara gemela (Fundación La Poeteca, Venezuela, 2023), reúne dos de los libros de poesía de Luz Machado (1916-1999): *La espiga amarga* (1950) y *La casa por dentro* (1943 / 1965). Machado, además, fue ensayista, editora y diplomática. En 1986 fue reconocida con el Premio Nacional de Literatura

GINA SARACENI

Crece el cuerpo en el campo
fecundo de la estrella
Y el infinito esconde su luz
en nuestra lengua.
Luz Machado

LUZ MACHADO / ARCHIVO FAMILIAR

Entre los años treinta y setenta del siglo XX aparecieron en la escena poética venezolana un conjunto de escritoras que visibilizaron –en un medio gobernado por el verbo patriarcal y autoritario de los hombres– otras concepciones de la palabra, el cuerpo, el deseo, la mujer, la naturaleza.

Enriqueta Arvelo Larriva, María Calcaño, Olga Luzardo, Luz Machado, Emira Rodríguez y Miyó Vestrini son solo algunas de las autoras que agitaron la imaginación poética de esas décadas, al soltar sus lenguas para subirle el volumen al canto hasta volverlo un escándalo de sentido y de forma, capaz de perturbar las lógicas de comprensión dominantes.

De esta estirpe de voces disonantes que alteran el archivo poético venezolano por medio de sus proyectos estéticos y políticos, quiero detenerme en la figura de Luz Machado: poeta, ensayista, diplomática, dirigente del Movimiento Feminista Venezolano y participante activa de la vida literaria de su tiempo. Publicó su primer poemario *Ronda* en 1941 y, hasta finales de los noventa, su obra fue creciendo y alimentándose de sonetos, poemas largos, diálogos, cartas, crónicas, semblanzas, testimonios, conferencias.

De su vasta producción poética y en prosa que debería recibir mayor atención de parte de la crítica, hay dos libros fundamentales: *La espiga amarga* (1950) y *La casa por dentro* (1965), reeditados por la Fundación La Poeteca en este volumen donde se encuentran juntos como "gemelos", como órganos complementarios de un cuerpo poético que hace de la transfiguración y la indistinción el eje de su apuesta estética.

La poesía de Luz Machado construye un universo donde el intercambio, el contacto, la mixtura, la implicación entre materias pertenecientes a diferentes reinos –humano, animal, vegetal, mineral, atmosférico, mítico, entre otros– constituyen la principal operación de su escritura. En este sentido, el límite que separa los cuerpos en especies reconocibles y distintas es lo que Machado desarticula al usar la palabra poética como un flujo que propicia el encuentro entre las cosas del mundo y su transfiguración. Se trata de una energía circulante donde la vida se manifiesta incluso cuando es la muerte la experiencia que se busca representar. De allí que Machado plantee a la naturaleza –tempestad, mar, bosque, río, tierra– como un espacio de la germinación proliferante incluso cuando es la destrucción su mayor manifestación. En este sentido, la misma palabra que pertenece al mundo de los hombres y a la esfera de la cultura se desintegra al entrar en este universo de ecos, resonancias y correspondencias no predecibles, donde se vuelve un sonido indistinto que no busca nombrar, sino más bien des-nombrar y sacar de las lógicas del sentido aquello que dice: "Jardines, casas, campos y caminos / corren la misma suerte de los hombres".

La espiga amarga es un libro donde una voz femenina se transforma en la medida en que se escribe. El mar es el espacio convocado –"un mar tranquilo y tierno entregando su pecho / en esa resbalada pasión sobre la arena"– y el agua, el elemento: experiencia de inmersión, creación, 134 transformación donde lo surreal, lo absurdo, lo incomprensible conviven con lo cotidiano y lo ordinario, dando lugar a un sensorio diferente al impuesto por la lógica dominante.

Aquí la voz poética "convoca una reunión de hormigas, / una cita con sus señales de tormenta / para aprender a guarecerme en una hoja. / Pregunto a los venados / si el estío hizo duras / las vides de sus cuernos", visibilizando una alianza y cooperación entre clima y animal que propicia un aprendizaje y un nuevo conocimiento. La guarida en Machado es "la casa de piedra junto al mar", pero también es la entraña –de la tierra, del mar, del crepúsculo– donde la poesía reconoce otro orden de las cosas que abre paso a la interpelación, la repetición, el polisíndeton como formas de la duración que busca mantenerse como un gerundio que renueva su inconclusión.

La pregunta por la palabra atraviesa el libro de principio a fin: "su profundo relámpago se alza de la entraña / y perdura en su flor amorosa, intangible / detrás de nuestra voz"; la palabra como materia del mundo, que emerge de la experiencia de inmersión y complicidad con la realidad, porque "decirlas (...) es descubrirnos vivos / porque si enmudeciéramos / romperían la garganta con su acervo de miel / de espuma, de esperanza". También la palabra cuyo valor radica en su capacidad de tocarnos el corazón: "Pero nada vale decirlo si no duele: / amor, palabra, estatua, mujer, árbol, poema".

La espiga amarga apuesta por construir un espacio de convivencia donde "todo sea de todos"; un bosque donde la intensidad de los elementos –agua, fuego, aire, tierra– cante la promesa de la renovación y la metamorfosis e interpele a todo lo viviente.

La casa por dentro es un libro sobre la problemática femenina encarnada en la figura de una heredera de la tradición patriarcal –esposa, madre, hija– donde la misma pertenencia y aparente complicidad con el sistema familiar y genealógico fisuran el orden del hogar para abrir espacio a múltiples fugas de esos roles impuestos. Un libro que reúne poemas de 1946 a 1965 y donde –como dice la misma Machado en la introducción– aparecen "todas las cosas de ese mundo íntimo y específico del Ama, la Dueña de casa, en trato inmediato y continuo con los objetos que la rodean. Por supuesto, también los sentimientos, la anécdota cotidiana, las emociones".

Aquí a la casa material, reino de lo doméstico, de la memoria familiar, de los objetos (engrapadora, álbum familiar, florero, aguja, tijera, llaves, escoba, máquina de escribir, antena de TV, entre otros), de la rutina y el patrimonio, le corresponde otra casa interior, "por dentro" ("Tan ambiciosa es la vida cuando la Poesía la reclama para ella como una casa por dentro"): la casa de la escritura como cuarto propio, que se hace con el legado de "la filosofía de la cocina" de Sor Juana Inés de la Cruz (epígrafe del libro). Un legado que apuesta por el acto de cocinar como acción creativa, donde se observa la transformación de la materia en la medida en que esta se cuece y donde el ama de casa es la poeta que experimenta y crea otros sabores y mezclas. Casa que se hace con las dos manos, casa que se amasa, casa que se escribe y casa 135 escrita, casa que se habita en su contra, deshabitándola; casa-entraña-matriz-escritura que contiene tanto el pasado y sus materias intestinas ("tengo el corazón cansado / de correr detrás de las escobas"), como el presente y futuro como tiempos de la acción, el cambio, la resistencia, la disidencia, la renovación.

Este libro puede leerse también como una historia de la mujer (venezolana y no solo) asociada históricamente al reino del hogar y a su genealogía que, para adquirir su voz –la posibilidad de hablar, de escribir, de desobedecer, de decir que no, pero también de amar y de "hacer" el amor según sus necesidades y deseos– tiene que buscar en la entraña de su garganta una lengua para limpiar los desperdicios, la basura, "el polvo sobre las cosas / sobre una misma" e inventar otro performance de su hacer mujer que le permita un repertorio de acciones más inclusivo, plural, elástico, que incorpore también otros modos de hacer sonar el deseo y la poesía: "Entiendo ese quererlo todo ya vencido. / Es la única manera de olvidar la belleza".

Luz Machado en diálogo con Juan Liscano en 1949

—¿Con este viaje cree encontrar usted un ambiente más propicio para la creación?

—La creación poética es un fenómeno que se produce en cualquier circunstancia geográfica o espiritual, cuando se es poeta. Aquí en mi país, como en cualquier otra parte, siento que podría crear poesía.

(...)

—En torno a usted parecen amontonarse signos cabalísticos y extrañas predicciones. Se llama usted Luz, nace el día de un eclipse y viene de una tierra donde la leyenda situaba El Dorado. Háblele un poco de su infancia, de lo que recuerda, de su tierra natal. Quisiera situarle mejor en mi sentimiento.

Sobre el rostro de Luz pasó como una sombra remota, apenas perceptible.

—¿Memorias del ayer? ¿Presencias de hoy?

—Lo que usted quiere es que le trace el mapa de mi vida. Tendría que hablarle de un mundo que tiene por cuatro puntos cardinales al norte, el Orinoco; al sur, la Selva; al este, el Sueño; al oeste, —hizo una pausa lenta— el Otoño que me llega...

—Al norte, el Orinoco y la Esperanza. Al sur, la Selva y la Soledad...siga usted, siga.

—Dijimos: al este, el Sueño, la Poesía...

—Siga preguntando o contestando, al oeste...

—No quisiera...

—¿Por qué?

—Por el Otoño.

—Preferiría que se lo dictara.

—Quizás.

Y su voz, honda, trémula, húmeda de resonancias delineó las palabras en medio de la penumbra naciente:

—Al oeste, esta interrogante que me llega dorada en el umbral de un otoño ebrio.

En *Entrevista a orillas de un viaje. Lecturas de poetas y poesía*, de Juan Liscano. Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1985.

> ***La espiga amarga* es un libro donde una voz femenina se transforma en la medida en que se escribe"**

**Pequeña lámpara gemela*. Luz Machado. Autores de textos en forma de epílogo: Gina Saraceni, Reynaldo Cedeño Serrano, Yolanda Pantin / Ana Teresa Torres, Arturo Gutiérrez Plaza, Rafael Arráiz Lucca. Fundación La Poeteca. Caracas, 2023.

Esta edición PDF del Papel Literario se produce con el apoyo de **Banesco**

PUBLICACIÓN >> *PEQUEÑA LÁMPARA GEMELA*

Poemas de Luz Machado

LUZ MACHADO / ARCHIVO FAMILIAR

Calcomanías alrededor de la mesa

I
El cuchillo

Se ha quedado quieto el relámpago.

II
Los platos

Después del diluvio
el sol cortó la luna en rebanadas.

III
El tenedor

Estás aquí conmigo,
para no permitirme olvidar a Neptuno
ni la embriaguez de los viejos dioses del mar.

IV
La cucharilla

Nada sabe el metal de manos resurrectas.

V
En la mesa

La dueña comparte su destruido corazón en torno de la mesa,
[acompañada.
Y cree en el cielo todavía,
porque a pesar de todo
puede recordar
altísimos papagayos azules.

VI
Los vasos

Porque recuerdan el Santo Grial el hombre los posee.
Así se bebe diariamente
la eternidad en ellos.

[1961]

Ruego a la poesía

Un día te dije: ya no vengas.
Entre agujas y escobas voy y vengo en la sal del día
como cáscara alzada en el oleaje.

No podía recibir tu cabeza pensativa,
tu suave cabellera constelada,
tus pasos fraternales
y tus manos, tus manos,
en las que el mundo parecía detenerse para las ofrendas.
Yo te sentí, sin embargo,
ir y venir conmigo sobre mis hombros
como un pájaro, pegada a mi espalda, inseparable
como mi propia sombra,
plegada en un rincón
mientras alzaba el alma de los floreros
con un ramo
y descubría palabras a los hijos.
En algún sitio hallaba tu sombrero de fragancia,
tus guantes para recordar los lirios
y tu nombre, para dormir con él
sobre mis sueños.

Mas, ahora estás triste. O estoy ciega.
Porque apenas te veo para esperarme
a la puerta del crepúsculo,
y el camino es tan largo
que ya no creo alcanzarte
para sentarme junto a ti y hablar contigo,
bajo la última estrella,
hablar de lo que es mío y es tuyo y nos importa
porque yo te conozco y me conoces,
oh, mi pequeña lámpara gemela, poesía,
ante quien solamente me arrodillo,
pecadora.

[1951 / 1956]

La casa sola

I
Hombre: toma tú el candelabro. Enciéndelo. Verás su luz elevarse temblorosa como papiros rotos en cada cirio. Toma tú el candelabro y llévame. No me dejes caer.

Ciegos van los ojos. Ciego el corazón.
Tu paso yo sigo. Persigo tu voz.
Ciega voy sin ojos. No quiero caer.

El largo corredor habrá de estar oscuro. Me lo dijo
mi madre. Y a ella lo advirtió la madre dos veces madre mía,
mientras hojeaba un libro oloroso a resinas y con hojas
como alas de libélulas, crujientes y doradas.

Enciende ya, que es largo el corazón, como los ríos.
No me dejes caer
Sordos mis oídos, solo oigo tu voz.
Tómame las manos. Te sigo tu olor.
Sorda voy, mas, te oigo. No quiero caer.

II
Ya es el día. La noche cortó su gavilla de cobre
y la derramó en el prado. Ya conociste la dulce extensión
de las raíces. Y la sangre cortó su fruto gemidor y futuro.
Abro los ojos. Te reconozco en marisma o en selva,
en mar o en lluvia, en el silencio o en la soledad,
entre sus anémonas delirantes.
Sobre la yerba conociste un rebaño de olor. En la tormenta,
el diálogo. En el silencio las voces nocturnas moviendo
en sus aislados molinos el agua suspensa del misterio.
Ciega, sorda, fiel, solo tu huella aprendí a recorrer
recogiendo el grano que a ti me llevaba. Mas, ahora, de pronto,
un río como fiebre nos ha roto el costado que fue uno.
Toma tú el candelabro.
Enciéndelo de nuevo. Ciega soy. Sorda soy. Hechura de tu forma,
la última soledad llama.

III
La madre debe abrir las puertas.
La criatura —otra criatura— vendrá hacia acá. Y yo estaré despierta.

¡Oigo ya! ¡Veo y toco! ¡Liberada en la cumbre ya regreso!
¡A mis espaldas alza la luz! ¡Levántala!

Que me veas caer. [1954]

Fin de año

Todo está en orden.
El árbol iluminado,
los manteles para la cena,
el vino y el pan de la Navidad,
todo cuanto es materia dispuesta desde el ánimo,
ordenado para la víspera de la última noche
que escribe el calendario.
Todo está dispuesto. La familia
armoniza las cosas. Y la madre
preside melancólica
los brillos renovados,
la transparencia limpia y el aroma.
Recuerdo días
que ya son solo un número,
pausa en la meditación.
Bajo el jazminero que suelta una estrella
en el último alcohol de la tarde, recuerdo.
Y cierta paz
deja caer sobre mi corazón su levadura,
un color de crepúsculo en el río.
Cuando viene la sombra

entro a la casa nuevamente.
Después de medianoche
advierto que no queda en mi lecho
ni siquiera la arruga del día, obligatoria.
[1962]

En mi habitación

Aquí están mis zapatos, con la forma
de los pasos y el pie que los dispone.
Aquí están mis vestidos, mis blusas y mis faldas
y mi ropa interior,
liviana y sencilla como una campánula silvestre
ya marchita,
mis medias que olvidaron las orugas
y han conocido antes la máquina y el ruido,
y después el latido y la huella;
mi paraguas, lánguido capullo, calabaza
del color del durazno y la cayena,
oh, mi mejor amigo defendiéndome
del cielo y su arrebato.
Espejos, libros, memorias de los viajes,
la música viniendo desde lejos,
su posada mariposa libérrima,
un lecho donde el sueño solo es más sueño,
una lámpara antigua de la abuela materna,
una diversa advocación de vírgenes
para la belleza y por los hijos, para la soledad,
esta máquina de escribir que llena de picotazos el silencio
como una gaviota furiosa y hambrienta
contra la huidiza verdad del mar,
este olor que de pronto se viene del jazmín
del jardín, desde la calle
a pelear contra el mío y mis perfumes
saliéndose de mí o del armario abierto.
Y retratos.
Y la vida haciendo ruido adentro y en torno
en cada día que pasa.

[1962]

En el fondo del espejo

Detrás de ti
hay cualquier cosa menos tú misma.
Ni tu vida.
Muro, cuadro, color, objeto, luz o sombra,
algo, que no tú misma.
Y por ello no puedes ver.
Tendrías que estar atravesada de ti, menos profunda
y clarísima,
dominando el destino,
el pasado, el presente,
ayer, hoy,
para poder mirarte rostro y espalda
fuera de ti,
como desde la muerte
la vida.

[1961]

Admonición del espejo

Detrás de ti solo verás las cosas,
otro rostro, otra imagen, no a ti misma.

Detrás de ti, algún muro, cuadro, color, paisaje,
algún objeto inmóvil cubriéndote la espalda.

Eres como la luna ante el espejo.
Tu espalda está mirada de otros mundos.

No te busques aquí, en esta claridad tensa y brillante.
Advertirás apenas los rasgos del pasado ahí presente
y la certeza de morir.

Y no te mires más.
Ya no te mires.

[1963]

Asco

Trapo y basura hallarás siempre.
Nervios, entrañas, carcomidos.
Ojos para mirarlo,
manos y oficio para su acabamiento,
ningún sentido para devolverlos
al origen,
ya en ellos sola memoria.
Trapos, basuras, gusanos,
hojas secas, desperdicios,
cabellos como telarañas
en el viento.
¿Una flor?
Cómprala.
Hasta el jardinero trae a la puerta
su cuota de mezquina indiferencia,
se regocija si el gusano cae
—azufre devorante—
y sonríe
pensando en más trabajo
y más monedas.

Combato —solo yo— la ruina en el jardín
entronizada.
Polvo sobre las cosas,
sobre una misma
como sobre las cosas.

Entiendo ese quererlo todo ya vencido.
Es la única manera de olvidar la belleza.

[1965]

---

*Poemas tomados del volumen *Pequeña lámpara gemela* de Luz Machado. Fundación La Poeteca. Caracas, 2023

CONFERENCIA >> MARÍA ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ EN VENEZUELA

Escribir antes y después del lenguaje

Poeta, ensayista y profesora titular de la Universidad de Salamanca, María Ángeles Pérez López es autora, entre otros, de *Incendio mineral* —Premio Nacional de la Crítica 2022—, y de *Libro mediterráneo de los muertos*, de próxima aparición, reconocido con el Premio Margarita Hierro, que otorga la Fundación José Hierro. El texto que sigue es la conferencia que la autora leyó en Ciudad Banesco, Caracas, el 1 de noviembre de 2022, como parte de la programación de la XIX edición de la Feria Internacional del Libro de la Universidad de Carabobo

MARÍA ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ / ©MANUEL ANGEL LAYA

MARÍA ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ

A Rafael Cadenas le escuché en Salamanca decir que la palabra *gracias* no se cansa. Me sobrecogió la idea, se la he pedido prestada tantas veces que temo cansar al gran poeta venezolano, pero necesito repetirla porque creo que en la repetición puede residir algún modo de la verdad.

Y lo hago porque el lenguaje es mi posibilidad, pero también mi límite. No es en absoluto una experiencia solo personal, por supuesto… Recuerdo aquí unos versos de Blanca Varela, de su poema "Casa de cuervos", en el libro *Ejercicios materiales* (1993):

sin más obstáculo que tu cuerpo
sin más puerta que tu cuerpo

En ese texto, la autora peruana, madre de un hijo adolescente que necesitaba convertirse en adulto y volar por sí mismo, cortando definitivamente el cordón umbilical que lo unía a ella, nos permite visualizar varias puertas: la del útero, la de la boca, la puerta del lenguaje.

Después, en la experiencia de la maternidad nombrada con unos tonos tan graves que no podía imaginarlos previamente, la venezolana María Auxiliadora Álvarez me permitió conocer y reconocer, en el espacio de su libro *Cuerpo* (1985), aquello que también soy: madre de hijos y de palabras.

Porque Blanca Varela y María Auxiliadora Álvarez, entre otras tantas voces, nos recuerdan que si la humanidad es hija del lenguaje, que nos vertebra y constituye, es posible ocupar ese lugar como autoras sabiendo que las palabras suponen, aunque no lo deseen, un límite, un obstáculo. ¿Tal vez la cárcel del lenguaje a la que se refirió Nietzsche?

El lenguaje es igualmente mi límite. Cuando escribo, me pregunto con abrumadora insistencia qué lugar creo ocupar, qué significa decir *yo*. *Choco contra los pronombres. No sé a cuál de sus exigencias obedezco. No es cierto que sean cáscaras vacías, son vísceras y plasma en la transfusión que cede cada uno de nosotros. Cuando va a amanecer y salimos desnudos a la habitación más fría del idioma, entregamos materia y ADN.*

¿Nosotros? Sí, un nosotros precario y complejo pero hermosamente real, el de quienes nos hemos reunido hoy para celebrar el libro como encuentro y reencuentro, para celebrar la literatura en Caracas y la Feria del Libro de la Universidad de Carabobo. Agradezco inmensamente a la FILUC y a la Embajada de España en Venezuela el poder estar aquí. Lo hago desde un *yo* que se sabe habitado por múltiples voces, las de quienes escribieron antes y a quienes a veces puedo leer y sentir.

¿Cómo no preguntarme si el lenguaje es mi límite, si *yo es otro*, o *tantos otros*? Así me pareció necesario decirlo después de leer un libro de la española María Ángeles Maeso titulado *¿Quién crees que eres yo?* (2013), porque leer es la gran apuesta. La escritura, cuando necesita llegar, no es adánica, no empieza el mundo por primera vez, aunque cada generación haya podido sentir que empezaba (y tal vez también, terminaba) la historia. Pero el libro es el largo cordón umbilical que nos une en el tiempo. La convicción de que fuimos y seremos más allá de una realidad tan precaria y compleja como la de nuestro presente.

En un poema recordé de golpe que *yo también he crecido con palabras que otros lamieron y han masticado hasta la extenuación*, deglutidas y vueltas a deglutir. Cansadas y a veces verdaderas, a veces vivas.

El lenguaje es límite y posibilidad, muro y puerta. No sé bien qué digo cuando digo *yo* pero me lo pregunto (las tantas voces, la profesora de literatura en una universidad que se ha sentido y se siente tan interesada por la literatura venezolana, a través de la Cátedra "José Antonio Ramos Sucre"; la lectora de Ramos Sucre que descubrió pronto *La torre de timón*; la poeta que, sin habérselo propuesto, ve emerger ese libro en el siguiente poema de un libro titulado *La ausente* (2004) del que leo el final:

El vértigo, la elipsis del poema
arranca una luz rota de sí mismo
y comparece absurdo, imprescindible
cuando el beso se vuelve insuficiente
y viene el corazón con su tormenta
a traer las animalias de la noche
que arrancan y devoran los olivos,
la grana en que reside nuestro fuego,
aquella como torre de timón.

¿Y se escribe antes y después del lenguaje? Puede parecer que no, pero lo hizo mi abuelo minero cuando le pidió a la montaña que le entregase el carbón con que sostuvo a su familia. Su respiración agostada y enferma fue partitura de mi infancia. Luego he escrito para él incluso cuando he creído no hacerlo: en el libro *Incendio mineral* (2021), convencida de que "Todo lo recubre piel humana", apareció en un poema largo del que leo un fragmento:

Todo lo recubre piel humana.
Como una moqueta despellejada y sola; como si nombres propios y comunes uniesen sus órganos, su temperamento desigual; como si lo heterogéneo pudiese estar contenido en lo homogéneo, todo lo recubre piel humana: puentes que unen sin mampostería las tres letras de la palabra río, *lujosas viviendas desocupadas en las ciudades que muerden el extrarradio de su necesidad, maltrechos ascensores que siempre huelen a lejía, piscinas públicas y esas catedrales que albergan, bajo la vehemencia sorprendida de sus bóvedas, tendón y ligamentos de quienes las pusieron en pie sobre los hombros.*
[…]
Muy cerca tiembla el trueno de la tilde en el grisú […]

Creo que se escribe antes del lenguaje. Lo hizo mi abuela pantalonera cuando madrugaba tanto que dolía la noche sobre sus rodillas, porque solo así ella y las tres hijas pudieron coser sin descanso y sostener una viudez temprana, una orfandad temprana. En el aire dejaron silogismos trasparentes de mano y dedal también huérfanos. Dejaron la gota diminuta de la sangre en su dedo al coser, dejaron lágrima, dejaron bostezo. Luego en mis poemas han entrado la aguja y el hilo tantas veces que temo cansar esa parte materna y material, como en la primera estrofa de este poema:

El hilo se enhebra
en el estricto hueco de la aguja
y trae memoria del huso, de la rueca,
de la paciente disciplina de que
[*hablaba*
el libro de los proverbios,
del largo tránsito por el algodón,
por su torcedura
desde que alguien lo miró crecer en su
[*semilla*
imaginando el blando copo de riqueza
hasta que es parte diminuta
e imprescindible
de la bobina, la máquina, el pedal.
También del pie o los dedos que lo
[*mueven,*
lo liberan
de su propia trabazón, su coyuntura
si es hilo solo, apenas desprendido
de la costura tortuosa y necesaria.

También se escribe después del lenguaje. Cuando los atentados del 11-M de 2004 en Madrid, en Atocha, que dejaron casi 200 muertos, la conmoción sufrida fue tal que solo podíamos hacer inteligible el dolor con los gritos mudos que nos llevaron a buscar las palabras que otros habían escrito antes, como las de César Vallejo en *Los heraldos negros* cuando constató que *hay golpes en la vida tan fuertes, yo no sé, golpes como del odio de Dios*. ¿Cómo decir un dolor que nos excedía? Éramos voces mudas, palabra que no podía decirse.

Antes y después del lenguaje, el grito, el gemido, el estertor. Si el lenguaje fuese un lugar, sus fronteras las delimitarían el balbuceo, la risa, el alarido, la lágrima. Aquello que ha de expresarse de otro modo. No incluyo el silencio, claro está, porque el silencio es parte del lenguaje, está en él como su respiración y su ADN.

El poeta español Fernando Beltrán escribió que cuando enfermó gravemente de covid los libros no podían acompañarle, pero lo hicieron hasta el umbral mismo de la unidad de cuidados intensivos. Y cuando sale de esa experiencia extrema escribe un bello volumen titulado *La curación del mundo* (2020). Qué gran título, ¿verdad? Qué esperanzador imaginar la curación del mundo.

Porque si la vida escribe antes y después del lenguaje, los libros, claro, escriben *en* el lenguaje, se enfrentan a él o lo ponen de su parte, dialogan desde él o lo cuestionan. Quiero traer aquí brevemente otro libro, se trata de una obra de Anne Carson: *Norma Jean Beaker de Troya*, pieza teatral de 2019 publicada en español en 2021. Se trata de una versión de *Helena* de Eurípides que dice en la primera escena:

Supongo que has oído hablar de la
[Guerra de Troya
y de cómo la causa fue Norma Jeane
[Baker,
ramera de Troya.

Hay tanto en este libro para detenerse… Afirma Carson "A veces pienso que el lenguaje debería cubrirse los ojos cuando habla" (p. 37). ¿Cómo ser en el lenguaje? ¿Qué clase de lugar puede darnos? ¿Cómo no preguntarse contantemente por ese lugar, si es que es un lugar? Yo necesito no tener los ojos cubiertos cuando escribo, pero sé cuánto abismo está nombrando la maravillosa autora canadiense.

Antes de que Marilyn llegase a la gran pantalla y fuera tema de moda (una vez más), Carson nos ayuda a ver en esa vinculación entre Helena de Troya y Norma Jean Beaker, el peso atroz de la gloria a través de la guerra, y el cuerpo de las mujeres como botín y campo de batalla, pero sobre todo como excusa para la guerra, como estafa ("La verdad es,/ ser niña es un desastre").

Porque, ¿no ocurre que los libros exceden cualquier frontera? ¿Cualquier límite espacio-temporal? En ellos se producen los encuentros. Los planeados, los insólitos. Abren caminos que no imaginábamos. La vida (y la muerte) espesan y profundizan en sus nombres porque logramos acercarnos a su realidad (sea lo que sea lo que signifique la palabra *real*) de un modo mucho más pleno.

Cuando leo el libro de Carson pienso que la historia de la guerra (ahora que la guerra toca también suelo europeo y Ucrania es una más de las guerras que duelen con enorme dolor) es la historia de quienes están antes y después del lenguaje. Ponen el cuerpo para que sobre él se inscriba la violencia, ponen el grito de libertad o de justicia, como las mujeres iraníes que reclaman poder decir y ser dichas desde cada milímetro del pelo que crece tenaz. Para Carson, "necesitamos nuevas formas de pensar los iconos femeninos como Helena y Marilyn Monroe, nuevas formas de transformar la versión masculina tradicional de dichos eventos. Hay que dar un giro de 180º para encontrar ahí distintos y más profundos dolores". ¿No es ese el mundo del libro? ¿El que permite que giremos hasta 180º visiones anteriores, o que rotemos sobre nuestro propio eje haciendo visible que somos parte de un espacio común e interconectado en el que los libros del pasado son escritos y reescritos en el presente, y en los que siempre se alberga algún futuro mejor y posible?

Leer entonces es una operación prodigiosa que consiste en ampliar los marcos de visión. Que entrega altura y profundidad, raíz y ala.

Los libros pueden ser extraordinarias experiencias de inmersión y de espeleología.

En ellos conocemos y nos re-conocemos. También nos des-conocemos, se abren zonas de tiniebla bajo nuestros mismos pies. Ciudades y personas, sentimientos e ideas, temores y sueños cobran otra densidad, otra fuerza. Lo decía el escritor español Luis Landero recientemente: los libros son el corazón palpitante de la tribu, y esa tribu tiene miles de años a sus espaldas, un prodigioso legado recibido.

En los libros somos Gregorio Samsa y el insecto, la ballena Moby Dick y sus captores, pero también el barco y el mar que rugen con violencia, la voz oracular y bellísima de Ana Enriqueta Terán o "Mi padre el inmigrante" de Vicente Gerbasi. Somos padre e hijo, o al menos podemos serlo, ese lugar se abre ante quien lee.

Porque leer no es solo acercarse a lo que resulta inteligible y hace inteligible lo vivido (lo imaginado, lo soñado, lo negado), sino también, lo que nos cuestiona y cuestiona lo que conocemos.

(Continúa en la página 4)

“Porque, ¿no ocurre que los libros exceden cualquier frontera? ¿Cualquier límite espacio-temporal? En ellos se producen los encuentros. Los planeados, los insólitos”

Escribir antes y después del lenguaje

(Viene de la página 3)

En la literatura pueden anularse las fronteras, los marcos espacio-temporales, la temperatura específica de lo que nos desune. Los libros me han regalado mucho más de lo que yo podré darles: Elena Garro me ha llevado a los recuerdos del porvenir (porque el futuro está contenido en todo tiempo), he mirado a los ojos de Aureliano Buendía cuando él miraba el pelotón de fusilamiento y he visto flotar en sus pupilas el hielo y la infancia, y me he acercado al mal como absoluto en los versos roturados sobre el cielo en *Estrella distante* de Roberto Bolaño. Podemos reconocer una parte del rostro de nuestro presente en aquello que hoy se escribe. Incluso de aquellas partes del rostro con las que no nos queremos identificar, que no queremos que sean nuestro reflejo. O que nos sorprenden y muestran lo que no imaginábamos.

En un poema me pregunté si el fuego alguna vez fue un animal, porque los antropólogos dicen que el fuego fue domesticado así que tuvo que ser un animal de alguna forma. Es un poema dedicado a Elisa Lerner, a quien admiro enormemente, y quiero leer un fragmento aquí del momento en que me pregunté qué significa quemar libros:

antes o después, todos los nombres bajan hasta el fuego. Bajan las lanzas, las manos perfumadas de resina, los códices que Diego de Landa quemó en Yucatán, la Biblioteca de Alejandría con su despiadado recuento de volúmenes perdidos y el año 33 en la Plaza de la Ópera en Berlín (quemar cuerpos y libros termina pareciéndose, alguna vez el fuego fue un cuerpo insólito, como el de un animal).

Si juego a imaginar qué podría rescatarse de nuestro presente, salvaría los libros porque son lugares de encuentro y reencuentro.

Como esas marcas en el suelo de las estaciones, los centros comerciales, las grandes superficies urbanas donde dice *MEETING POINT*, como ese árbol que convoca con su sombra (incluso siendo un árbol sin hojas que da sombra, escribió Juan Gelman acerca de la poesía), el libro es ese lugar en que me cruzo con quienes han tendido tantos hilos que texto y tejido recuerdan su raíz etimológica común. El hilo común que sostiene a Penélope, Ariadna y mi abuela materna.

Así como están madre, tías y abuela con un hilo rojo de la mano, la profesora que soy se ha acercado con admiración inmensa a *El hilo de la voz*, esa *Antología crítica de escritoras venezolanas del siglo XX*, que Yolanda Pantin y Ana Teresa Torres publicaron en 2003. Y desde ella, con fascinación, al reciente *El hilo atroz* de la también venezolana Beverly Pérez Rego, editado en digital en 2021 por *Poesía*, la revista de poesía y teoría poética fundada por el Departamento de Literatura de la Dirección de Cultura de la Universidad de Carabobo. Yo estaba estudiando ese libro impresionante cuando me llegó la generosa invitación por la que estoy aquí. Entonces pensé que si no era una casualidad ni un azar objetivo, si no me encontraba ante un exceso de sentido que no sé desentrañar, lo que debía ocurrir es que el hilo familiar que estaba antes y fuera del lenguaje entraba en él para coserme a una parte de la literatura que admiro. Y que ya lo había escrito, sin saber que lo escribía, en el poema que cierra mi primer libro. Era 1997 y yo no imaginaba que el hilo de la voz y el hilo atroz serían parte del texto –tejido que hilaba este poema:

Podría ahora,
mientras un hombre duerme aquí a mi orilla,
remontarme por el río de la sangre
hasta la piedra primera de mi especie,
hasta el vértigo inicial de una mujer
ceñida por los signos,
apenas comprensibles,
que fueron roturados en su cuerpo.
Mi madre, y la suya, y la suya de la suya,
se agachan despacio y miran silenciosas,
se acuclillan despacio.
La mujer que es primera de mi genealogía
calienta en su entraña aquello que rezumo:
la tintura más roja de la sangre,
el ocre de la piel sobre sí vuelta
hasta alargar las manos y el deseo,
ese blanco sin adjetivos de las lágrimas
o la leche que nace por sí sola.
La palabra es una excrecencia más tardía,
no nos ha sido dada por igual,
ni siquiera en mi origen más cercano
se encuentra el don de hablar y conjurar la muerte.

Por eso estoy condenada a nombrarlas a todas.

Ni la abuela pantalonera ni el abuelo minero escribieron libros, pero cuando yo los escribo ellos traen los signos de lo que fueron y así me acompañan. Los libros entonces también retribuyen, porque están anudados íntimamente a la vida y no separados de ella, miran de frente a los ojos de la muerte y nos convocan de modo constante, para que seamos, para que ante ellos podamos desear no ser *tierra baldía*.

Gracias por permitirme decirlo.

POESÍA >> MINIMA ANTOLOGÍA

Poemas de María Ángeles Pérez López

MARÍA ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ / ©JOSÉ ANTONIO ROSALES

[Conozco]

Conozco mi culpa.

Aprendizaje lento e insobornable.
No hay quien dé más por menos,
ni manera
de asumir esta flor que hiere el agua.

(de *Tratado sobre la geografía del desastre*, 1997)

[El hilo se enhebra]

El hilo se enhebra
en el estricto hueco de la aguja
y trae memoria del huso, de la rueca,
de la paciente disciplina de que hablaba
el libro de los proverbios,
del largo tránsito por el algodón,
por su torcedura
desde que alguien lo miró crecer en su semilla
imaginando el blando copo de riqueza
hasta que es parte diminuta
e imprescindible
de la bobina, la máquina, el pedal.
También del pie o los dedos que lo mueven,
lo liberan
de su propia trabazón, su coyuntura
si es hilo solo, apenas desprendido
de la costura tortuosa y necesaria.

El hilo arrastra en sí
una puntada secular e inconmovible
que nos anda trabando, remendando
al comienzo del frío, del pudor,
del forzoso reconocimiento de la tribu
en la lana, en el cuero,
en la piel,
en la enorme cicatriz de los cuerpos desnudos
y amparados.

(de *La sola materia*, Premio Tardor, 1998)

[La mirada insolente]

para Ana Orantes, a quien su exmarido prendió fuego un 17 de diciembre de 1997

La mirada insolente
es una forma aguda como un clavo en la tierra,
contiene una porción horrible de sí misma
y apenas imagina la depauperada humillación
de estar
como si no,
del cuerpo que se arruga
y se encoge en su nudo primerizo
volviéndose ceniza, haciéndose invisible
materia degradada por el odio,
la paja que se prende con blandura.

La mirada insolente
acompaña a la mano, a la pierna insolentes
para apresar el cuerpo con el garfio del miedo
porque ella está tan sola y ya vencida,
herida de la queja y azotada
con el tizón de espanto que lleva el que es su ángel
del mal o de la ira.

La violencia insolente
hace temblar los márgenes del cuerpo
y en su lenta combustión como de encina
la tinta de las venas escribe ese calvario
cuando era profanado el templo de la carne
y en el aire se anotan garabatos, grafitis
con la voz enfangada y sucia de ese grito
que calcina los labios, las cuerdas de la boca,
"porque yo no sabía hablar
porque yo era analfabeta
porque yo era un bulto
porque yo no valía un duro".

Oh cuerpo de papel para la hoguera.

(de *El ángel de la ira*, 1999)

[Reclamo]

Reclamo demorarme en cada gesto,
la lentitud feliz en las dos piernas
si tengo todo el sol sobre la nuca
y el tacto es una forma nutritiva
y exacta de sentir sobre la sangre
el viaje subterráneo de la dicha.

Reclamo malgastar cada minuto
en mover lentamente los dos pies
si el sol viene a incendiarme por las tardes
y el tiempo de la prisa es secundario,
si un momento viene en su eternidad,
su condición perenne y sin derrota.

Reclamo la imposible permanencia
de un brazo sobre el aire del verano,
el giro de una mano que se aparta
del cuerpo y se mantiene sin caer
hasta negar rotunda algunas normas
y leyes legisladas en invierno
como la de los cuerpos abatidos
contra el suelo, en el tiempo de la muerte.

Reclamo la bellísima ocasión
de estar al borde mismo de la tarde
en esta permanencia, en la fijeza
de la luz recortada contra el cuerpo
translúcido y tan lejos de su ruina.

Reclamo este minuto sin orillas.
A sabiendas de todo lo reclamo.

(de *Carnalidad del frío*, Premio Ciudad de Badajoz, 2000)

[Sobre su pecho muerto]

Sobre su pecho muerto, la mujer
pinta una gran ventana para el aire.
El corazón, en su áspera alegría,
asoma al sur su sala octogonal
por el hueco del seno que extirparon
la enfermedad, la mano, el bisturí.
Sobre su pecho muerto, la mujer
raspa cualquier recuerdo doloroso
y colorea el soplo y el zumbido
del arrebato rojo de quedarse.
El hospital se borra en su blancura,
esa sala de espera es no lugar,
la habitación sin lágrimas ni olivos
es también no lugar, los lavatorios
y ascensores que nunca se detienen,
el pasillo alargado como el miedo
de biopsia en biopsia es no lugar.
La madre le cosió dos senos tibios
con hilo destrenzado del cordón
que la anudaba al tiempo y sus asomos.
Ahora un médico serio, preocupado
descose uno de ellos, lo retira
en silencio, y la extensa cicatriz
que corre por el tórax como el frío
abrasa los paisajes de la tundra.
Pero sobre su pecho, la mujer
sombrea un árbol negro, transversal
por la ira de perderse en el otoño.
También nubes y niños anhelantes
en su transpiración y su ajetreo
para mojar la tarde y las palabras.
El viento que entra en tromba la despeina
y su risa es un pájaro veloz.

(de *Atavío y puñal*, 2012)

[El bisturí]

El bisturí inocula su dolor.
En el corte limpísimo florece
el polen que envenenan las avispas,
su aguijón turbulento y ofensivo.
La mesa del quirófano está lejos
de la luz y la tierra del jardín,
su amor desesperado por la vida
y el material mohoso del origen,
lejos de la pasión de los hierbajos
y la piedra porosa en la que sangra
la desgastada edad de las vocales
que escribieron verdad y compañía.

En la asepsia que exige el hospital,
el bisturí recorta el corazón
de la página blanca del poema,
la sábana que tapa el cuerpo enfermo.
No queda ni memoria ni alarido,
tan solo un hueco rojo en el lenguaje.
En la mano que empuña la salud
hay sin embargo un corte diminuto,
una línea de sangre y su alfabeto.

con Álvaro Mutis
también con Gambarotta

(de *Fiebre y compasión de los metales*, 2016)

*La Mínima Antología de poemas de María Ángeles Pérez López –constituida por 11 poemas– está completa en la sección Papel Literario, www.el-nacional.com.

(Continúa en la página 5)

Poemas de María Ángeles Pérez López

(Viene de la página 4)

[Hocico]

Contra el caliente hocico de los perros
se alían los rastrojos y los cables
de la grúa que sueña con ser pájaro
y reclamó la altura y el color.

En el suburbio enferma la estrechez,
ladrido que se lanza tras el viento
y el nerviosismo de las lagartijas.
Escapan las manadas de gacelas
en la imaginación del abandono
y las radiales rompen las baldosas
como si fueran cuerdas de violín,
venas uncidas hasta el corazón
o el tallo de las flores que se imponen
con su fuerza minúscula y tenaz
al áspero enlosado de cemento.

En el paisaje gris del desamparo
los niños y cacharros de los parques,
piedritas y columpios de metal
exigen, con su amor, no ser heridos.

para Luis Enrique Belmonte

(de *Fiebre y compasión de los metales*, 2016)

[Lanzar contra la luz]

Lanzar contra la luz todos los peces
y evitar que las redes los atrapen,
que los muerda el anzuelo con su boca
curvada en la violencia de morir.
Desanudar la asfixia, trabazón,
bocanada de anhídrido y espinas
en que se hunden la angustia y los tacones
cuando el jueves se cierra, abochornado,
sobre su propia lista de imposibles.

Lanzarlos como quien avienta lana,
como quien suelta el trigo tras la trilla
o la harina blanquísima en el pan,
para que permanezcan en su vuelo
igual que permanece en la memoria
del agua cada fibra de la luz.
Para que se detenga su caída
contra el asfalto sucio, contra el miedo
metálico que exudan los arpones.
Para que permanezca en cada letra
el copo diminuto de almidón
como quietud de aquello que se mueve,
pez que se escurre raudo entre las manos
y nada en la canción de las agallas.

con Eugenio Montejo

(de *Fiebre y compasión de los metales*, 2016)

[En el aire, la piedra]

En el aire, la piedra ya no duele.
Cuando rueda, recorre con violencia
la edad que se camina hasta ser bronce
y transforma en herida cada lasca.

Limadura, fracción con que el lenguaje
despedaza la piedra en sus dos sílabas
como vocablo hendido y estilete
que afila la humildad de la derrota
para ofrecer la dádiva del miedo,
la floración solar del sacrificio.

Piedra cuchillo, caracola de aire
que encierra los sonidos de la tribu
en el tambor solemne de la guerra,
en la angustia y pezuña de animal,
en la desesperada turbación
con la que Gaza sangra por sus cifras.

Sin embargo, la piedra se resiste.
No está dispuesta a ser domesticada.
Hay en su corazón un alto pájaro.
Hay en ella arrecifes, elefantes,
caminos y escaleras, soliloquios,
las circunvoluciones, el destino,
el álgebra, la luz de las estrellas,
el abrazo de Abel y de Caín.

Hay en su corazón un alto pájaro.
Cuando vuela en el aire, ya no duele.

(de *Fiebre y compasión de los metales*, 2016)

[El fuego alguna vez fue un animal]

El fuego alguna vez fue un animal. Un músculo violento que saltaba abrazando cada hoja. Un lengüetazo extremo de calor en la altura voluble del bejuco. La imperiosa fricción de lo invisible con los órganos blandos de la luz, como boca que todo lo mordiese.

Para atraparla hay lanzas, alaridos y el estupor que nunca dimite de sí.

Hay sangre entre los huesos y las hachas.

Se movilizan piedras y animales, estirpes y cuchillos hacia la cacería de lo incierto.

Pero ¿quién es quien domestica a quién? ¿A quién le pertenece ese fluido? Espécimen borrado por la lluvia, por la memoria húmeda del mundo, es también su raíz y su inocencia. No es cierto que ya esté domesticado. Siempre somos su piel y su carnaza.

El fuego alguna vez fue un animal. Hoy es tigre y es cueva, es tiempo y es techumbre, la escisión de lo denso y ligero en dos mitades que luego se besan y derrochan.

Le entregaremos lo que acaso fuimos: las largas ceremonias de los bosques en su ritual de nudos y de tallos, la cicatriz del viento, la ceniza, el pánico de las muchachas que caminan solas en la noche, la infancia con su escritura de humo.

Y nosotros ardiendo en esa pira, ¿seríamos también un alfabeto roto? ¿Caligrafía impropia y displicente?

Pero decir *nosotros* es pensar en ¿qué? en ¿quiénes? ¿Las viudas del ritual sati, en el norte de la India, que se ofrecen a las mismas llamas de las que brotó la unción animal con el esposo? ¿Los que arrojan en la noche de San Juan hasta la última rama del olvido? ¿Los que soplan las brasas de los basureros y golpean sus dientes contra lo tumefacto por si de ellos rezuma un grumo intestinal? ¿Los que queman banderas ante las embajadas y luego creen que un colibrí bebe en su pecho? ¿Los que se apellidan Ramos y saben que habrán de entregarse a cada hoguera? Entonces alguien te regala otro apellido. Si has quedado tan huérfano, podrían entregarte otro cualquiera: Escudero, Expósito o Vasallo. Tal vez Lerner, el que vino de muy lejos. El médico inglés James Parkinson también puede regalarte el suyo. Pedirás, con angustia, con los brazos atados a la enfermedad, que te devuelvan quien habías sido: una ramita verde de avellano que solo conocía lo flexible. Pero antes o después, todos los nombres bajan hasta el fuego. Bajan las lanzas, las manos perfumadas de resina, los códices que Diego de Landa quemó en Yucatán, la Biblioteca de Alejandría con su despiadado recuento de volúmenes perdidos y el año 33 en la Plaza de la Ópera en Berlín (quemar cuerpos y libros termina pareciéndose, alguna vez el fuego fue un cuerpo insólito, como el de un animal).

Sin embargo, contra todo pronóstico, contra la ignición del todo y de sus partes, alfabeto y fulgor también se funden en la abrasada extensión de los campos para que en los brotes vuelva a inventarse el nitrógeno, la estampida, la unión de lo vivo y lo muerto que se muerden, se succionan, se enlazan como si no hubiera entre ellos nada más que el amor. Su combustión.

para Elisa Lerner, tan cercana

(de *Incendio mineral*, Premio Nacional de la Crítica, 2021)

[Re es a raíz como rem a matriz]

¿Serán los ojos dos botones vivos? ¿Qué abrochan, qué están contemplando en la parte interior de tu cabeza? ¿Es que son a la vez animales de lo visible y lo invisible?

En la noche profunda, cuando los cubren los párpados, cuando nada se reconoce sobre ti, aletean veloces, casi autónomos. Como si los hubiera poseído la inquietud de no verse, la angustia oscurecida en la ceguera. ¿Qué ordena su galopante respiración? Se mueven deprisa mientras tu cuerpo flota, absolutamente inmóvil, en el aceite espeso de la noche. Entonces los ojos son perros de la sombra. Ladran a una luna que no ven, enloquecidos por la cortina metálica del párpado. No hay cuchilla que atraviese ese lugar. En su voz se confunden los minutos, regurgitan una saliva seca, un grano de arena clavado en la pupila.

¿Serán los ojos dos botones vivos? ¿Dos copas subterráneas en las que bebe el sol? ¿Cómo es que anudan a la vez tiniebla y mácula? ¿Qué abrochan, qué reúnen en el telar trazado en la retina? Mordieron la luz y no van a soltarse como no te sueltan ni te dejan caer, atados a ti por amor, por un gesto perfecto y doblegado de amor.

Han soportado el peso del mundo desde que amaneciste. Registraron la transparencia y el relámpago, las nubes que nos contemplan sin inmutarse. Han soportado grandes baldaquinos, los minaretes de la Plaza de España, la supurada acumulación de restricciones y ángeles muy niños vestidos de pobreza. Se han adherido, pegajosos, a cualquier superficie, a los escaparates, las baldosas, los teléfonos en madrugadas de hospital, las diversas mediaciones entre el mar y el poniente. Han visto pasar estrellas mudas, el alto silabeo del castaño, su plenitud fugaz en cada hoja, sus frutos redondos y atentísimos cayendo contra el suelo como caen las estrellas muy ancianas.

MARÍA ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ / ©LUIS F. LORENZO

Han soportado los nombres que les diste mientras deshacen la madeja del color, pero no necesitan el lenguaje. Los imaginas como dos bulbos inmensos creciendo cada noche, dos gramíneas domésticas que no obedecen porque solo quieren beber oscuridad. No importa que sepas que son hijos del día, encarnación solar en que salta la savia y esconde su raíz entre lo oculto.

En la noche profunda, cuando los cubren los párpados, cuando nada se reconoce sobre ti, aletean veloces, casi autónomos. ¿Qué están mirando frente a lo impenetrable? ¿Adónde se dirigen entre tanto silencio? Tus músculos regulan los movimientos de los ojos pero no sabes hacia dónde se dirigen. No hay alegato ni lagrimal bastante. Tal vez quieran borrar sus temibles visiones, como cuando pedaleas muy deprisa para dejar atrás el regalo del miedo. Tal vez escriban todos los nombres que este día no debería olvidar y tú olvidaste. Tal vez van a entregar toda la luz a la compacta sombra en la que entran.

Aletean veloces, casi autónomos. En su órbita no giran, no hay elipse bastante para su inagotable traslación, permanecen a la vez quietos e inquietos, tiemblan y se fijan con el más férreo anclaje. En su órbita danzamos inesperadamente alegres. Danza a su alrededor la rótula redonda, el cráneo redondo, el corazón como una enorme uva redonda que suelta su gelatina inesperadamente alegre. Los testículos, el útero, los pezones perfectos y doblegados de amor.

¿Serán los ojos dos botones vivos? Su gelatina quieta ante la córnea está desnuda igual que lo estás tú cuando flotas, inmóvil, en el aceite espeso de la noche. De pronto estallan como canción carnal sobre la ropa, como palabra quieta que aletea, la gota inesperada del deseo. Nada podrá contra ellos la violencia de Zeus, el terremoto devorando Haití, Saturno en sus anillos, sus criaturas, la boca humedecida en la consternación.

¿Quién dijo que todo está perdido? Vienes a ofrecer lo que tus ojos brindan, lo que restan. Escribes para que tus manos puedan ver. Para amar su permanente condición de brote. Para la felicidad de las dunas y los objetos sencillos. Para que en la noche profunda, cuando los ojos traban lo ilegible, ningún nombre quede borrado de su herida.

¿Quién dijo que todo está perdido?

NOTAS

1. Una garza extinta sobrevuela la penumbra. Junto a ella hay distintos vertebrados y un conjunto equívoco de huesos que alguien estudia con paciencia hasta que los tarsometatarsos traigan el apellido Montané.
2. Tomas un hueso, lo afilas y con él escribes sobre el muro del párpado. Siempre confundes alguna letra, no sabes qué se aloja en tanta oscuridad. Solo hay muro y tapial de un párpado altísimo, no alcanzas a subir hasta arriba del todo. Contra él chocan los animales en fuga. Ha quedado pellejo estampado contra ti. Como si quisieras grabar el vuelo extinto y fueras a la vez matriz y tórculo.
3. Paredes en las que borroneas iniciales, suela gastada, despiece quieto. Todo viene a decirse y no lo entiendes. Ni fósil ni botón que sea bastante. Pared párpado. Papel párpado. Contra él chocan mujeres que huyen de Burundi, el Congo, Herzegovina, Bosnia, mientras lloran semen salvaje sobre ti. Un vendaval de avispas y soldados en que sangran la historia y sus tacones.
4. Vuela la garza contra el vendaval. Se llama *Fulica montanei* y no se reconoce sobre ti. Tampoco teme ni a avispas ni a soldados, ni a quien anota huesos en el debe y haber.
5. Maleza, fragmentos, montículo ininteligible. Hurgas entre los objetos y botones tiernos de Gertrude Stein, porque en las cajas, paraguas y botellas de soda, en los brillos vidriados y los cristales ciegos, frotamos los residuos de la vida. Lo que obstruye la muerte. "*Sacred Life*".
6. Pero también en lo extinto hay una belleza inequívoca, en la mojadura y lo destemplado del allí. Lo que es parte de la vida porque es muerte. "*Sacred Stein*".

7. ¿Quién dijo que todo está perdido? A Fito Páez, a Mercedes Sosa, a quienes han cantado para ofrecer su corazón entregas esta página solísima que crece con los ojos de la sombra.

(de *Libro mediterráneo de los muertos*, Premio Fundación José Hierro, en prensa)

CRÓNICA >> LA ESCRITURA COMO INTERROGANTE

Pulido y la velocidad invisible

José Pulido es poeta, narrador y periodista. Recientemente ha publicado *Poesía y lecturas de poesía. 15 poemas y unas notas* (Editorial Ítaca, Venezuela, 2023)

JOSÉ PULIDO / ARCHIVO

EZIONGEBER CHINO ÁLVAREZ

Estoy pensando sin orden ni concierto
en todo lo que ocurre dentro de las paredes
nosotros, seres hechos de baño,
de espejos, de camas, de cocina
invadidos por jarrones y portarretratos que se
ocupan de una sola cosa,
de amores encerrados, de música represada
y de todo lo mustio
hemos sabido que los niños dormían en su cuarto
cuando Sylvia Plath llevó pan,
mantequilla y leche
y después de hacer esa tarea
encendió el horno por última vez
José Pulido

Escribir es un oficio demandante. Extenuante a más no poder. Obsesivo o compulsivo, no sé. Hasta la coma más apartada cuenta y a medida que te adentras en el texto, pareciera que vas entendiendo menos. Eso puede ser un gran problema. Una vez, José Pulido, amigo y hermano, me preguntó que cómo es la cosa mía con la letra. Le respondí con una frase de las tantas. Ojalá le hubiera dicho algo bonito como:

—Mira, Pulido, te cuento: yo sentí un fuerte llamado vocacional y puse cara de santo dolido como en los cuadros de El Greco. Me pasó igual a Saulo, camino de Damasco. Tú sabes, una luz extremadamente refulgente me encegueció de repente y del tiro me caí del caballo.

Pero, qué va. Así no fue. De paso, la Biblia en toda su extensión, no señala que existiera algún caballo del cual se cayera el pana. Tampoco garrapatear dos o tres cositas te convierte en escritor o algo parecido. La verdad –le respondí a José– no tuve, no tengo y creo que nunca tendré puta idea de lo que me impulsa a escribir. Lo mío es una urgencia como de tripas hambrientas. Simplemente, tengo que hacerlo. Sin musas que muestren caminos, lo que sí hay es estrategia: no verme tanto el ombligo. A partir de aquí, se va entendiendo que, a lo más, llegaré a ser una especie de esclavo mesopotámico de la literatura. Chico, alguien como yo no busca salidas mágico-pendejas. No entiende cómo funcionan. Por tanto, a leer. Porque escribir sin leer, es como aquella recordada rima de pestíferos baños escolares que comenzaba con "Amar sin ser amado...". Y porái te vas. Tampoco puedo escribir decentemente y con orden de 9:00 am a 4:00 pm, brunch mediante. Ni tomarme un jugo de mango al borde de la piscina, justo a las 11 de la mañana. Hablo de la atención desprendida que me obsequiase mi gentil e imaginaria esposa, ahí, embutida en su vestido de flores violetas, que tan bien le queda:

—Venéame el carato, mija.

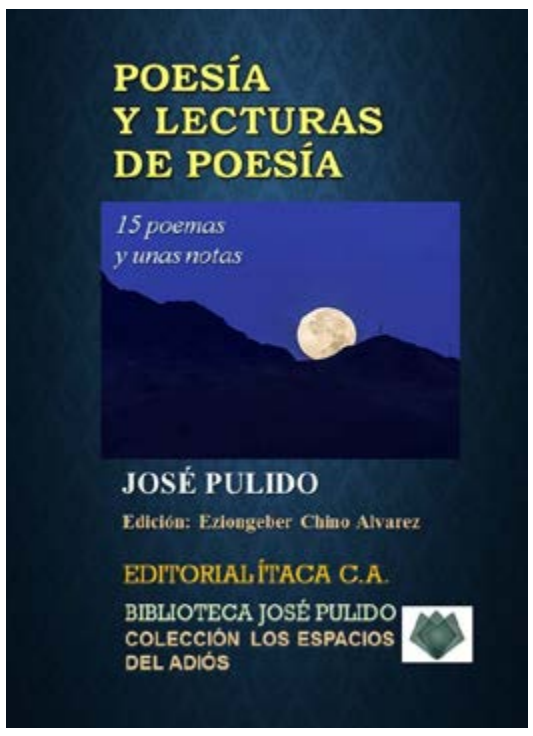
Tengo añales que no sé de zumos tan particulares. Tampoco de esposas. Lo que sí te digo es que comienzo a ponerle ganas tipo tres de la mañana. Ahí sí, mi compa. Soy como el campesino que despunta en la noche sus preliminares labores de ordeño escritural. Y tal. Que recoge agua clara, como quien dice. Es que procuro hacer mis cosas en un horario que no colide con el del gallo de al lado y su parafernalia matutina. Fíjate tú que el poeta Efrén Barazarte sostiene que el gallo es el único ser sobre la Tierra que primero se aplaude, luego piérdese en su lirismo. El puto jefe. Yo la tengo un poquito más difícil. Supongamos que quiera abordar cualquier asunto y termine hablando de otro muy diferente, al menos en apariencia. Por ejemplo, escribir unas notas sobre la gran cárcel que acaban de inaugurar en El Salvador. O acerca de la incipiente desgracia que se cierne sobre Argentina. Y dónde me dejas al Perú, hermano querido. Y a Petro. Y a Boric. Y a Ortega:

—¿Por dónde empiezo, Pulido? Dame luces. Esta situación me pone triste.

—Yo creo que Bukele está obligado a defender a su pueblo. Si hicieran eso en Venezuela, tendrían que apresar a millones. A mí también me entristece, hermano. A mí también. He estado pensando que la tristeza no tiene dueño propiamente dicho, pero cada quién le agrega su experiencia. Échale bolas y más nada.

—Gracias, José. Mira, el maní es así. ¿Qué tal si damos una vuelta por ahí? Emprendamos un breve periplo. Adueñémonos de la maquinita del *Túnel del tiempo* y dele que son pasteles. ¿Recuerdas esa serie televisiva? Con Doug y el otro bróder. Es de la época en que pasaban en la tele a *Batman* y tal...

—Claro. Emprimera, pues. Con tal de que regresemos temprano... ya sabes, Petra se preocupa. Por cierto, mi único amigo es Batman, con él me



escondo y hablo. Quisiera tener un padre como tú, le dije. Y Batman, con las manos en la cintura, me respondió: lo que no se puede, no se puede.

—Bueno, bueno, Pulido. No es para tanto. Nos fuímonos. Cuéntame lo de los tragos con Paco Camino, el torero. O de la entrevista aquella que le hiciste a Daniel Santos. Qué vida, manito.

—A mí me ha gustado mucho vivir. No me quejo. Es lo mejor. Una vez entrevisté a una actriz completamente desnuda. He ayudado a unas cuantas personas cuando morían y atendí en el parto a una mujer en el campo. Lo raro es que tenía dieciocho años y de repente tengo muchos y estoy tratando de explicarme la velocidad invisible.

—La velocidad invisible... eso nos servirá. Eso, y los rayos catódicos, un prodigio de la ciencia ficción de aquellos años. Y como el pensamiento es más rápido que la luz, hénos aquí en la estancia de la esposa de Potifar que tiene una actitud seductora como de tigra. O tigresa. Y allá está el otro José, el profeta. Pulido, dime qué piensas...

—La señora no es como la imaginaba. Se parece a Iris Chacón. Espera, que estoy escribiendo mentalmente este asunto: "Día y noche y madrugada, cama, almohadas y penumbra se anegaron de caricias y descubrieron un pozo
desde el fondo de las cosas".

—O sea, que no fue como dice la Biblia, que a José lo denunciaron y luego apresaron...

—Eso sería más tarde. Yo no pelaría ese boche querido amigo. Si su boquita fuera de mayonesa, yo me la pasaría besa que besa.

—Claro, tienes razón. Sigamos. Visitemos al rey David, mas no al de la guerra con Saúl, sino al buzo, al que mira salivante a las muchachas mientras toman una ducha. Allá está Betzabeth... Siempre me gustó esa mujer.

—Ah, está muy bien, Eziongeber. ¿Y cómo harías con Urías?

—Todavía no sé. Supongo que repetiré la historia. Lo mandaré a la guerra para que le den matarile. A ella, haciéndome el desentendido y para consolarla, le diría en medio de los actos fúnebres del interfecto: "Ahora no me atrevo a revelar la enormidad de amor que he estado descubriendo".

—Haces bien, Chino. Dios que se encargue. Ya sabes, Dios es como un niño infinito, que todo lo desarma.

—Ajá. Pulido, pondré proa en otra dirección: 24 de enero de 1475. Agárrate duro.

—Esa fecha me suena y este paisaje también.

—Claro, hoy se celebra en Florencia el torneo de Giuliano. Precisamente, aquel que está en su caballo es Giuliano de Médicis y frente a él, su escudero llevando un bonito estandarte...

—¡Y allá viene Simonetta! ¡La he reconocido por las pinturas de Piero de Cósimo y de Botticelli!... Chino ¿te has dado cuenta de que han pasado mil años desde que cayó el último emperador del imperio romano de occidente? Mil años han tenido que transcurrir para ver llegar a Simonetta a la ciudad de Florencia. Es más hermosa en persona. ¡Ay, Simonetta! Con razón alguien escribió sobre el Altísimo: Dios ejerce pasiones en el cuerpo de uno porque Él siempre ha querido conocer a través de estas carnes cómo es querer, cómo es morir, cómo es lanzar plegarias al abismo. ¡Ay, Simonetta!

—Yo sabía que te gustaría estar hoy en la plaza de la Santa Cruz de Florencia, admirando a la grande *bellezza* de todos los tiempos... Pulido, no te hagas, que eso lo escribiste tú. ¿Te he contado que de niño hacía cuartetos con ese nombre, Simonetta?

—Conociéndote, seguro lo rimabas con pantaleta. Y con bragueta. Así eres tú, querido hermano. Y mira, Simonetta también rima con cuneta, y yo no me quiero quedar encunetado en la Edad Media. Debo volver con Petra, la dueña de mis querencias y de otras tantas demencias, pero te dejo este verso que escribí en otro sentido, aunque eso a ti nunca te ha importado. Ten fe:

"Un anzuelo cae en lo profundo con la carnada de la esperanza"

—Gracias, José.

—Gracias a ti, querido amigo.

Sobre Eziongeber Álvarez Arias

MILAGROS MATA GIL

I.

Lo que a mí me impresiona de los relatos y las crónicas de Eziongeber Álvarez Arias, el Chino, es su manejo del lenguaje común de la gente que anda por ahí, pero mezclado con un contenido lleno de seriedades y reflexiones profundas. Cuenta las cosas que suceden en nuestro entorno. Nos pone ante los ojos la realidad circundante que tantas veces percibimos y no ahondamos. Él es un poco, para meterlo en su contexto, como el Conejo de *Alicia* que va iluminando fragmentos de vida que son, en suma, la vida. El asunto es que lo hace con tesitura de humor, lo que al lector tiende a facilitarle la cosa cuando lo acepta, a veces sin profundizar en un contenido que, por sabido, le parece insignificante. Que por leído así, entre risas, le parece una humorada, algo superficial que, no obstante, se le queda pegado a la conciencia como una mancha de aceite. Al Chino lo llaman *humorista*. Y lo es. Pero todo humorista, desde Groucho Marx hasta Cantinflas, desde Aristófanes a James Joyce, y todos los que en el mundo han sido y serán: Job Pim, Cabrujas, Padrón, usan la burla, la paradoja, la ironía, el chiste, el chisme, como un caballo de Troya para penetrar(nos) la mente con la realidad tan dura y escabrosa y reventarla.

II

Eziongeber Álvarez Arias nació en Caracas en 1964 y luego creció en el Oriente de Venezuela, que, como él dice, *tiene otro color*. Es abogado desde 1987 y ejerce en el ámbito penal. Entre unas y otras andanzas, aprendió el difícil arte de escuchar e interpretar. Uno de sus grandes méritos es ese: es un hombre que escucha. Otros grandes méritos le vienen de los genes, y de las abundantes lecturas que lo nutren. Tal vez no las exquisitas, ni siempre las que deberían, pero de que son nutritivas, lo son. Y el otro mérito se refiere a la valentía personal con que enfrenta y critica la situación política y social de su entorno y del país. Critica sin cortapisas, sin limitaciones. Suelta la palabra *así rompa el cielo*. Y eso, sin dudas, le habrá valido conflictos, pero no importa... Como decía Alí Primera, tan injustamente salpicado del excremento ideológico de la tiranía, "*échala* / tu palabra contra quien sea / pero dila ya".

III

Así que allí están las crónicas y los relatos y las décimas poéticas. A algunos les es difícil aceptar las tan fuertes expresiones, tan alejadas de lo académicamente correcto, con las que construye su obra. Y es bueno recordar que esas son las que han dado fuerza y esplendor a la lengua (a las lenguas) a lo largo de los siglos. Yo lo siento a él cercano a Quevedo. La misma

EZIONGEBER CHINO ÁLVAREZ / ARCHIVO

irreverencia. La misma sequedad. Por la lengua, digo. Lo siento cercano a la tradición de la picaresca española. A Cervantes. Al Siglo de Oro. O a Shakespeare, pero el del *Sueño de una noche de verano*. Él se quiere acercar a Lewis Carroll, y está bien. Y dentro de este país, lo veo en el linaje de José Rafael Pocaterra, como ya lo he dicho. Un modernista irónico, característica que comparte con Golcar Rojas. Pero con un lenguaje más *económico* en términos de la dimensión, del uso de los adjetivos y de cierta eficacia, claro que indiscutiblemente potenciada por las redes sociales donde ha habitado en los últimos años.

IV

En fin, que estamos ante la presencia de un escritor que vamos descubriendo poco a poco. Y en la medida en que lo descubrimos, entendemos que hay más capas en su escritura de lo que pensamos.

---

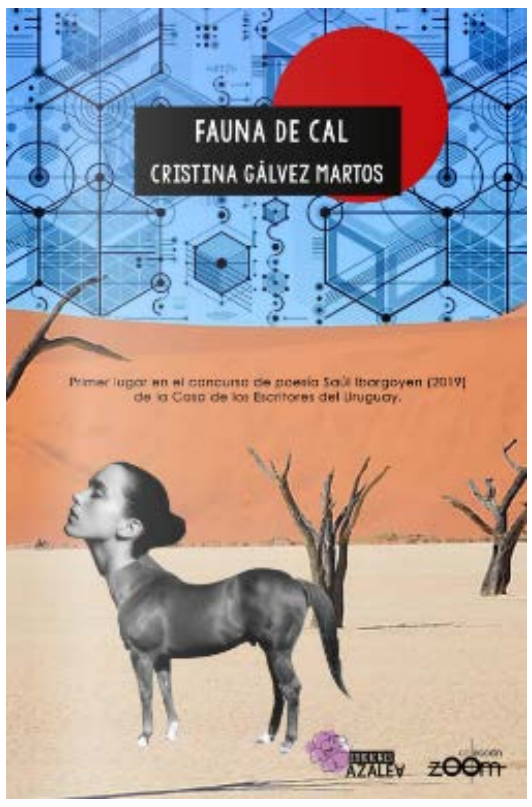
* Eziongeber Chino Álvarez es abogado, narrador, cronista y facilitador de talleres de diversas escrituras. Junto a Milagros Mata Gil dirige la Editorial Ítaca. Ha publicado, entre otros, *El país de los turpiales. Crónicas y relatos*, y una antología de la poesía de José Pulido

POESÍA>>LIBRO *FAUNA DE CAL*

Linaje animal

CRISTINA GÁLVEZ MARTOS / ©VASCO SZINETAR

JAIRO ROJAS ROJAS



Aves, mamíferos, peces, insectos, reptiles. Esta variedad animal cifra un vibrante paisaje, en el libro *Fauna de cal* de Cristina Gálvez Martos, que le interesa más recordarnos las múltiples formas de vida que exhibirnos gastadas imágenes del universo animal. Organizado en cuatro partes, Fauna nocturna, Fauna solar, Fauna del crepúsculo y Fauna-Flora, es un orden que no niega la comunicación de sus partes. Es más, diría que propicia el diálogo entre sus protagonistas y, sobre todo, muestra el intercambio de la voz poética con especies no humanas o, para seguir la idea del antropólogo Eduardo Viveiros de Castro, con humanos que dejaron de serlo.

En rigor, la hipótesis de Viveiros de Castro es una de las tantas enseñanzas que rescata de las cosmovisiones indígenas de algunas comunidades del Amazonas brasilero. Los Araweté entre ellos. Puede que esta idea sea diametralmente opuesta a nuestra mirada occidental sobre lo animal, pero sirve para examinar y pensar otro tipo de relación, no solo con los humanos y los ex-humanos, sino con todo el entorno. La mitología de estos pueblos puede funcionar como una luz para ahondar en estas concepciones.

Por otra vía, *Fauna de cal* también plantea otras posibilidades de mirar el mundo animal. No le interesa la limitada observación racional que suele caer en la ilusión de superioridad de especie, por eso asistimos al recuento de diálogos con interlocutores más bien habituales en las fabulas, las leyendas, los mitos y la literatura infantil. La audaz resolución de Gálvez Martos de explorar y explorarse con estos escuchas revive atávicas intuiciones y nos recuerda que nuestra charla con los animales tiene vieja data y múltiples caminos. De allí que parte del efecto de su propuesta aplane la habitual pirámide jerárquica, desdibuje las líneas que remarcan la otredad y se suspenda la descripción realista optando por las imágenes como vía expresiva. Solo hay una forma de leer el catálogo ideado por una zoóloga, pero muchas de leer estos poemas gracias a su riqueza de sentidos. De nuevo, estos poemas, por momentos, rozan concepciones de sabidurías no hegemónicas. El chamán o la chamana quizás sea la figura más conocida de quien acude a un animal buscando orientación y sabiduría. En ese contexto ritual, volverse animal es afinar los sentidos y la lucidez.

Cada poema se desenvuelve en un escenario particular, uno se acerca a una pequeña historia, otro es diálogo, reflexión, deseo, espejo, exploración. Hay algunos animales más familiares como los gatos, quienes son protagonistas de sentidos homenajes. Es imposible no recordar el maravilloso libro *Cantos a Berenice* (1977) que la inmensa poeta Olga Orozco le dedica a su gata. Pero el repertorio de protagonistas es variado: caballito de mar, mantis, polilla, culebra, oso, por nombrar solo algunos. Para reforzar el concepto que le da unidad al libro, el espacio es compartido con ilustraciones de Luis Ignacio Cárdenas. Imágenes de seres híbridos, un mestizaje donde lo humano y lo animal, lo natural y geométrico conviven en armonía. Lo visual también se inclina a borronear límites. Contra el magisterio abusivo de las fronteras y contra la expresión inmediata y prescindible de versos efímeros estos animales, por surte, nos dan otro ritmo y otro paisaje.

Fauna de cal, Cristina Gálvez Martos. Ediciones Azalea, 2023.

Poemas de Cristina Gálvez Martos

Golondrina

Escapaste de una caja de dulces, con alas sombrías y corazón de guinda: relleno de almíbar púrpura, composición geométrica de lo lóbrego y lo puro.
Surcaste rauda como una estrella e invocaste la lluvia.
Avecilla de la tormenta, se acerca la nube bestia tras de ti, con la boca abierta
En mí tienes guarida. Interna tu vuelo en la oscuridad de mi pecho.

Tarsero fantasma

En cada globo ocular lleva una noche dorada, donde ocurre una danza o se conjuga una frutal nebulosa. Qué universo arbolado hay en esas esferas, qué música estrellada de bolas tintineantes, o sonido de cabellos de aparecida al viento.
Si la luna es de cobre, es por sus ojos ciegos.
Los dedos galácticos se sujetan al tronco, su silencio de menta es borboteo lento de río profundo, la dimensión en que habitan los seres que no existen, los espectros de largo rabo blanco.

Oso

No, I am none of these meaningful things, not yet.
Mary Oliver.

Simétrico y redondo, la estrella constela la leche de tu carne.
Giras, reluces como el diamante y en tu boca se hace oscuro.
Si uno tu garra con mi mano, me hundo en la palabra noche
nunca más he de temer el rastro rojo, las arterias del tambor;
tengo la fuerza de tu piel.

Desde el firmamento, abre las hojas del camino que aún no es mío,
sopla tu magia en la mitad de mi frente.

Polillas

Veremos cómo está hecho el cuerpo delicado de la polilla.
Un gusano suave y liviano. Adentro del cilindro mullido, una serie de compartimientos, habitaciones mínimas que contienen las funciones de la digestión, la reproducción, y algún tipo de pensamiento.
Está toda recubierta de una pelusa de durazno plateado. Tres pares de patas, antenas que son perfectas plumillas: con ellas consagra e invoca a ciertos espíritus, en una dimensión de susurros.
La polilla es del polvo, se cría en los desfiladeros del recuerdo, devora palabras desechas y perdidas. Con eso engorda y se convierte en un ser que espanta. La polilla trae mensajes de otro mundo, carcome las compuertas del futuro y del pasado.
También se alimenta de cereales y de harinas. Preferimos ese tipo de polillas, blancas y con las alas muy juntas, que en su vida de alacena no irrumpen en nuestra paz.

Culebra

Largo retazo de tela negra, río entre las raíces del árbol.
Es la canción del jardín frutal.
Mi abuela soñaba que se le enredaban en el cuerpo y hacían vibrar su lengua, delgada y bífida.
Era la canción del alma inmortal de mi abuela y sale también de mi boca:
Somos una sola, larga culebra,
una sola larga generación.
No pueden separarnos: mi corazón es tu espejo.
Madre y yo nos miramos en el mismo escalón del tiempo
nadie ha caído del paraíso.

Panterita negra

Panterita negra, espíritu de la montaña, aliento de orquídeas. Bajo tu piel hay un jardín de cayenas. Te subes a las ramas altas de mi sueño. Allí, las esmeraldas de tus ojos son mis aretes y las estrellas diamantes que me coronan.
Ánicca Casiopea es tu nombre. Ánicca es lo impermanente, el principio de constante mutación, una de las tres condiciones de la existencia. Casiopea es el lugar hacia donde navegan los muertos, una isla adornada de cirios, tan lejos que ya no pueden enviarnos cartas.
Tienes también un apodo doméstico, no sabemos cuál de tus nombres es la palabra secreta. Me guardo una sílaba bajo la lengua para invocarte.
Inocente y negra como un ritual, perfumas la bóveda de mi mente y me espantas los pensamientos. Me haces reina del país de mis sombras.

Cabras

Parecía que los árboles daban cabras. Porque todas se subían a las ramas y balaban. Eran árboles musicales de cabras, como los hay de pájaros, de gallinas, de murciélagos.
Estos eran árboles de cabras. Algunas tan blancas como un pueblo nevado.
De pupilas rectangulares, cabras que caían tiesas del susto, que reían con las niñas locas y saltaban de alegría.
Desafiaban la gravedad, ascendiendo por pendientes verticales.
Chagall las pintó volando, sobre fondos azules de sueño.
Cabras desobedientes, magas de su danza. Les decían tercas, locas, les decían malas.

Mantis

A Caneo.

Lo que maravilla de la mantis es su figura femenina y vegetal. Su anatomía: las pinzas con que sujeta y deglute. La fricción musical de sus élitros. La frialdad del gesto analítico y la red azul de los ojos.
Y el purísimo espíritu de clorofila pálida, que abriga más allá, en el ala, una suavidad de mariposa.
Interior de virgen madre, criatura-cristal que observa, con ciencia y precisión, el mundo circundante.

Monarcas

La monarca pertenece a un reino más elevado. Cayó derecha de un rayo de luz. Un ángel oscilante, naranja y negro.
El huevo transparente da a luz una larva. Tendrá que mudar sucesivas pieles, hasta ser oruga suave, gomosa y colorida. Luego, tejerá una bolsa de seda, para dejarse caer y permanecer en la nada, durante diez días.
La mariposa no resucita al salir de la crisálida, porque lo que emerge es un ser completamente diferente. Se trata de un proceso alquímico: la oruga muere pero permanece viva, se le añade otro pedazo de alma.
Son en total cuatro estadios, cuatro procesos con sus transformaciones intermedias: Huevo, Larva-oruga, Crisálida, Mariposa. Cuatro estaciones, cuatro elementos, cuatro vientos y cuatro fases lunares. El cosmos se mantiene en pie, apoyado en cuatro puntos.
Para los budistas y los shaolines, el naranja es el color de la transformación.
El Tetrad simboliza a Dios. Millones de retazos de luz descienden a los templos.

Caballito de mar

Un dragón que lleva un hada sobre el lomo. Van hacia el reino en procesiones, entre ricas telas, sedas de colores. Una pieza de orfebre, una joya-bicho que se mueve, a través de un mecanismo de caja de música.
El ser más delicado. Flor que convulsiona, redondez que acaba por hacer erupción y dar a luz incontables, minúsculos caballitos.
Caballito, palabra de un sueño. Ser de mis sueños. Ente apacible de mi inocencia.

Poemas de Celso Medina

CELSO MEDINA / ©JESÚS MEDINA

Pesada levedad

¿Quién eres tú, amor, rosa perfumada
cortada y mordida en el jardín?
Antonio Colinas

I
Que la rosa brote en mí cuando se marchite
y sea ceniza diluida
Que la rosa perdure más allá de su instante
Que haga su fiesta de goce en su aposento secreto
Entonces mi cuerpo será alma con sed de pliegue.

II
Pliego y despliego
estos pétalos
Me quiere o me aborrece
No lo sé. Ardo en una llama oscura.

III
Cómo pesa esta levedad
Mi cuerpo indoloro
Sin conciencia
Deriva ciega
Saeta lanzada hacia la nada.

IV
Venga leve
y roce este cuerpo
que arde
Venga libre
y olvide todos sus sueños
Porque aquí la vida es inédita
Mi rosa apenas nace muere
ahogada por su fragancia
El tiempo se ha cansado
No tiene fe

Mi espejo

El espejo
es el tercero de mis ojos
Humberto Díaz-Casanueva

¿Qué sería de ese espejo
si no existieran mis ojos?
¿Quién le daría cuenta
de este rostro?
¿Cómo se enteraría de mis penas?
Tal vez ese espejo
sea un ciego vidente
un ser dotado de olfato
un ser hecho de presentimientos
un ser discreto
que me siente
Solo eso
Que me siente

Disolución

Podría medir el tiempo
en las pausas de estos bostezos
Podría esperar que el reloj
congele sus alas
Y nos lance hacia territorios sin horas
Podría no poder
Sino solo ser
Ser esto que se detiene
Esto que se fatiga
Esto que descansa
Pero todo es espera donde nadie espera
Agonía sin muerte
Simple disolución

Ontocremación

1
Ya no hay cuerpos que enterrar
La vida es un río que va a dar al fuego
y las flores de los domingos se quedan congeladas
porque no hay memorias que se alimenten de sus aromas
Ya no hay cuerpo que enterrar
Solo un arca diminuta donde polvo serás
En los cementerios los muertos envejecerán
y se fastidiarán de las manidas historias de sus vecinos de siempre
Ya no hay cuerpo que enterrar
porque la nada habrá ganado la batalla
y no habrá cuerpo donde se guarezcan los espíritus
Ya no hay cuerpo que enterrar
Ni cuentas de rosarios que entonen sus rezos
para aligerar la pesada levedad de nuestras almas
Ya no hay cuerpo que enterrar
Polvo seremos y nada más

2
El vacío es un acantilado sin fondo
Queremos llenarlo siempre
pero estamos condenados a saldos deficitarios
y somos animales bulímicos
Y este cuerpo famélico
apenas tiene esperanzas
Presentes inmovilizados
donde practicamos el oficio de comediantes saciados
El vacío es una pendiente que nos arroja a la muerte
Es la línea que cae

3
Déjenme ser para creer
Luego podrán sacrificarme
Vaciarme y arrojarme al infierno prometido
Pero ser, eso quiero
Para descreer de mí,
Para rehacerme en mis pasos
sin que detrás de mí queden sombras

---

*Celso Medina es poeta y ensayista venezolano. Profesor del Instituto Pedagógico de Maturín. Doctor en Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Salamanca (España). Es impulsor de publicaciones, destacándose en la dirección de las revistas *Cálice* (Cumaná), *Contraseña* y de la revista *Entretras* (Maturín).

Poemas de Loredana Volpe

LOREDANA VOLPE / AUTORRETRATO

v. primera súplica

supe de los que no tuvieron un lugar
antes de mí, tantos,
como de las horas perdidas en no poder articular
palabra,
no saber decir: "necesito puedo
podría quiero soy un ser aquí ayuda
si alguien oye vibrar las paredes de una casa,
son las lámparas los platos destrozados
los jarrones debajo de los muebles ayuda".

todo parece ajeno artificio dentro de la boca,
la lengua la consciencia diluida torpe:
"ayuda nadie puede escuchar si alguien pudiera
ver más allá de las formaciones rocosas de una prisión
en una calle iluminada las bicicletas
las latas de cerveza apiladas en perfecto equilibrio
las flores muertas en la única ventana
y dentro el golpe queriendo significar
de tanta impotencia queriendo romperse,
la mente cerrada con doble llave
como cada noche la puerta".

pido al cielo rindamos cuentas:
"ayuda
ayuda que el enemigo
acecha".

ix. plomo
del plomo se dice que es el peor de los metales.
según los tratados alquímicos, puede conducir a la locura.

la locura son las noches.
la contaminación del metal en la mente:
"temo que lo que soy
me destruya".

hasta Isaac Newton, después de estudiar a Philalethes,
en sus intentos por convertir los metales en oro,
se expuso a los vapores venenosos
en busca de la salvación.

eso de recurrir a la salvación
parece perseguirnos:
la tierra negra se calienta hasta destruir la naturaleza
[*antigua*.
tú entenderás este deseo inherente.

cuando una vida ha sido agostada,
una tierra —y quienes la habitan—
condenada a la aniquilación,
te preguntas, vivo como estás,
cómo puedes seguir respirando,
moviéndote con el peso del plomo
tirando contra el suelo,
despeñado, en picada
hacia el fondo.

y desde allí, cómo volverás a mirar
las estrellas con los ojos limpios.
qué harás con toda esa densidad
que te impide siquiera
abrir un palmo la ventana,
buscar la luz.

xi.
las calles estaban en llamas.
cómo saber que nos enfrentaríamos
a la basura entre las junturas
de lo que debería hallar en sí
su condición de celeste
—no era celeste nuestro cielo, no—,
a los cuerpos en las alcantarillas,
a la sangre de un cuerpo tras otro
traspasado, en un puente
hecho un ovillo de brazos y piernas aferrado a la existencia,
eso que nos queda,
las placas de zinc agujereadas a los costados
y sigues vivo.

cómo saberlo.

éramos quizá demasiado jóvenes
para nombrar la guerra
y decir del horror "presencia".

el horror cósmico es un género sagrado
atribuido a Lovecraft,
de naturaleza indescriptible: el horror
cuando es nombrado
deja de ser cósmico, atractivo,
pierde para el lector ese carácter deseable
de ensoñación, de andar dormido
mientras camina imaginando
reinos devastados por fuerzas insondables,
mistéricas, aterradoras.

demasiado jóvenes —seguros
de una inmortalidad que jamás nos fue concedida—
para entender que de nuestras vidas
solo cabía esperar la amenaza,
de nuestras vidas solo escapar
del cielo temblor boca negra abierta en llamas:
no era celeste nuestro cielo, no,
para en el fuego de la ciudad
ver algo más que la emoción de la epopeya
atravesando un paisaje que arde salvando
escombros y camiones carbonizados
las explosiones el gas escociendo
los dedos ocultos las balas por encima de la cabeza
para llegar a una sala de ensayo.

y pensar que este fue para nosotros
el comienzo del teatro.

xxiv.
hablar de ejercicios para una curación
cuando todo alrededor
ha sido aniquilado.
desde un no lugar
parece cosa fácil profesar la pérdida,
evaluar los daños.

---

*Poemas pertenecientes al libro recién publicado, *Ejercicios de aniquilación*. RIL Editores España, 2023. Colección *ÆREA, carménère*. Serie dirigida por Eleonora Finkelstein y Daniel Calabrese.

HOMENAJE >> HANS MAGNUS ENZENSBERGER (1929-2022)

Poemas de Hans Magnus Enzensberger

TRADUCCIÓN DE GERALDINE GUTIÉRREZ-WIENKEN

(1957)
Defensa de los lobos frente a los corderos

¿Debe el buitre comer nomeolvides?
¿Qué le piden al chacal,
que mude la piel, del lobo? ¿Que
se arranque los dientes?
¿Qué no les gusta
de los Politruks y de los Papas,
que miran tan tonto más allá de la ropa
en la pantalla de la mentira?

¿Quién le cose al General
la franja de sangre en su pantalón? ¿Quién
descuartiza el capón delante del usurero?
¿Quién se cuelga orgulloso la cruz de hojalata
delante del ombligo gruñón? ¿Quién
se lleva la propina, la plata,
el céntimo de silencio? Hay
muchos robados, pocos ladrones; ¿quién
los aplaude, quién
les pone las insignias, quién
ansía la mentira?

Mírense en el espejo: cobardes,
rehuyendo al agobio de la verdad,
aborreciendo el aprendizaje, el pensamiento
rindiéndose ante los lobos,
el aro de la nariz, su más fiel adorno,
ningún engaño es tan tonto, ningún consuelo
tan económico, cada soborno
es para ustedes demasiado indulgente.

Oigan corderos, las hermanas son,
comparadas con ustedes, las cornejas:
ustedes se ciegan unos a otros.
Hermandad reina
entre los lobos:
van en manada.
Alabados sean los bandidos: ustedes,
incitando a la violación
se lanzan al lecho perezoso
de la obediencia. Aun lloriqueando
mienten. Destrozados
quieren ser. Ustedes
no van a cambiar el mundo.

(1964)
Noticiero vespertino

Masacre por un puñado de arroz,
oigo, a diario para cada uno
un puñado de arroz: fuego de tambores
en escuálidas cabañas, difuso
oigo eso durante la cena.

En las tejas glaseadas
oigo danzar los granos de arroz,
un puñado durante la cena,
granos de arroz en mi tejado:
la primera lluvia de marzo, muy clara.

(1964)
Los desaparecidos

para Nelly Sachs

No se los tragó la tierra. ¡Fue el aire!
Son numerosos como la arena, pero en arena
no se convirtieron, sino en nada. En masa
fueron olvidados. A menudo y de la mano

como los minutos. Son más que nosotros,
sin embargo, sin recuerdo. No registrados,
ilegibles en el polvo, desaparecidos
sus nombres, cucharas y suelas.

No se arrepienten de nosotros. Nadie puede
recordarlos. ¿Nacieron,
huyeron, murieron? Nadie los ha echado
de menos. No tiene costuras
el mundo pero se mantiene junto
por lo que no lo alberga,
por los desaparecidos. Están en todas partes.

Sin los desaparecidos no habría nada aquí.
Sin los refugiados nada sería sólido.
Sin los olvidados nada cierto.

Los desaparecidos son justos.
Así nos desvanecemos también.

(1971)
La casa vacía

¡Ay duele la mancha de agua en la cocina
la regadera doblada
y el trineo en el sótano!
El noble cuaderno del 36
los vinilos de tango rayados
las cajas de zapatos llenas de cartas de amor
¡duelen, duelen, duelen!

Todo está en sordina

Una enorme retrospectiva

Solo cuando el tranvía pasa
tiemblan los vidrios

Muertos o vivos
miramos por encima de la cerca del jardín
desde la ventana

La cafetera
con el jadeo partido
no nos espera

Entre las noticias sobre el nivel del agua
y el reportaje deportivo
el disc-jockey pone
en mi cabeza
un disco viejo

Ya no estamos aquí

Botella retornable
palabra de trueno

En el polvo yace
la plancha de hierro
y proclama
la paz eterna

Hasta que llega el buldócer

(1971)
El poder de la costumbre

La costumbre erra bien
Christian Fürchtegott Gellert

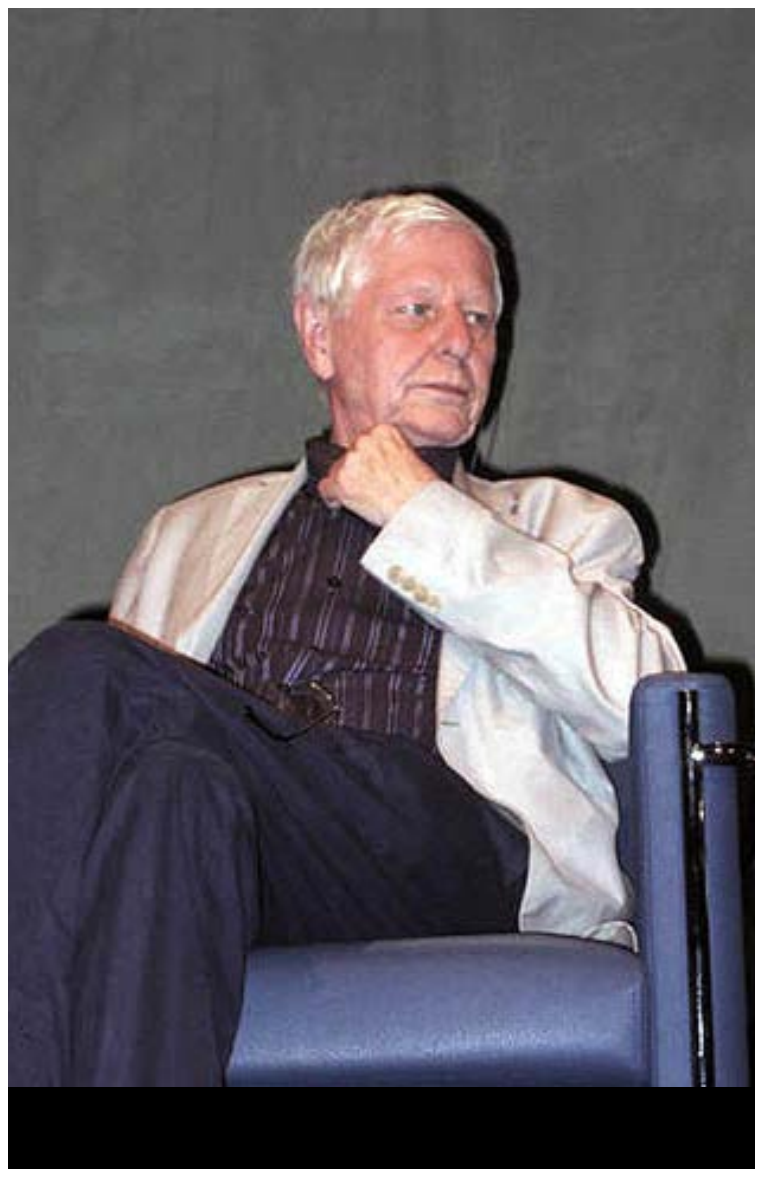
I
La gente corriente normalmente no tiene
nada de sobra para la gente corriente.
Y al revés.
A la gente corriente le parece inusual,
que se le tilde de inusual.
Pues ha dejado de ser gente corriente.
Y al revés.

II
Que uno se acostumbra a todo,
a eso nos acostumbramos.
Eso se suele llamar
proceso de aprendizaje.

III
Es doloroso
cuando el dolor de costumbre demora.
¡Qué cansino es el ánimo vivaz
de su viveza!
El hombre sencillo cree p. ej. que es difícil
ser un hombre sencillo,
mientras aquella compleja personalidad
salmodia sus complejidades
como una monja el rosario.
Por todas partes esos eternos principiantes
que hace tiempo están en las últimas.

IV
A lo nunca visto
estamos acostumbrados.
Lo nunca visto
es un derecho habitual.
Un animal de costumbre
atina con la esquina acostumbrada
de un delincuente habitual.
Un inaudito acontecimiento.
La mierda habitual.
Los clásicos estaban acostumbrados
a escribir novelas sobre eso.

V
Suave descansa la costumbre del poder
sobre el poder de la costumbre.



HANS MAGNUS ENZENSBERGER / MARIUSZ KUBIK – CREATIVE COMMONS

Enzensberger

GERALDINE GUTIÉRREZ-WIENKEN

Hans Magnus Enzensberger nace el 11 de noviembre de 1929, en Kaufbeuren. Considerado uno de los intelectuales alemanes más influyentes del período de posguerra hasta nuestros días. Poeta y periodista vehemente, además de editor y traductor. Fundador de las legendarias revistas de literatura *Kursbuch* (1965) y *TransAtlantik* (1980). Publicó bajo los seudónimos Andreas Thalmayr, Linda Quilt, Elisabeth Ambras, Giorgio Pellizzi, Benedikt PfaffTre, visa Buddensiek, así como Serenus M. Brezengang. Gracias a Enzensberger fueron traducidos al alemán numerosos escritores latinoamericanos y publicados en editoriales como Suhrkamp e Insel Verlag, entre ellos, García Márquez, Cortázar, Carpentier, Vallejo y Borges.
Enzensberger fue actor y observador de la sociedad en la que vivió, prueba de ello son sus numerosos textos y ensayos sobre poesía, política y periodismo. Su poesía es precisa, abundante en pensamiento y portadora de una moral à la *Enzensberger*: sin ningún viso de radicalismo. En 1957, luego de publicar su primer libro de poesía *Verteidigung der Wölfe gegen die Lämmer (Defensa de los lobos frente a los corderos)*, escribe en una monografía lo que definirá su carrera, de modo programático, como ciudadano y escritor:
"La industria cultural forma parte de nuestra realidad. En lugar de criticarla con educación, hay que explorar sus leyes. Escritores y lectores tienen motivos suficientes para prestar atención a los medios de comunicación modernos. Y siempre y cuando sean algo más que escritores y lectores, siempre y cuando se sientan realmente responsables del estado anímico de su presente, deben exigir influencia sobre estos medios, la radio, la televisión y el cine".
En 1956 la radio había emitido su ensayo "*Die Sprache des Spiegel*" ("El lenguaje del *Spiegel*") en el que analiza el lenguaje de la destacada revista alemana *Spiegel (Espejo)*. Recibió numerosos reconocimientos, entre los que se destacan, el Premio Georg Büchner, el más alto reconocimiento de las letras alemanas, en 1963, convirtiéndose en el poeta más joven en obtener dicho premio. En 1985 recibió el Premio Heinrich-Böll, en 1997 el Premio de Ensayo Ernst-Robert-Curtius y en 2002 el Premio Ludwig-Börne. Su obra comprende: ensayo, prosa, poesía, drama, radioteatro, libros infantiles, películas y traducciones (César Vallejo, Pablo Neruda, William Carlos William, Franco Fortini, Molière, Lars Gustafsson, Charles Simic, Shakespeare, García Lorca, Diderot, Stanley Moss, Antoine de Saint-Exupéry, etc.).
Hans Magnus Enzensberger murió el 24 de noviembre de 2022, en Múnich.

(1983)
El acuerdo

Entre nosotros está el hombre bienhechor.
Se esfuerza. Todos se molestan
con él. Está de acuerdo
con los molestos, absolutamente de acuerdo.
Pero eso es lo que pasa. Entonces bien,
si no hay otra manera, digamos,
ponte de acuerdo con nosotros,
pero por favor no del todo, por favor no
siempre, por favor no de inmediato.

El hombre bienhechor duda
un momento y dice: tienen razón.
Dice, disculpen, dudé.
Eso quizá no estuvo bien. Nos pide
comprensión. Nos vuelve locos.
Sabe que es él
el que nos vuelve locos. Vete
le decimos. Se queda parado bajo la puerta
y dice jadeando: de acuerdo.

MEMORIA >> CHARLES SIMIC (1938-2023)

Poética del niño gamberro

A su inmensa obra como poeta —Premio Pulitzer 1990, décimo quinto poeta laureado de Estados Unidos 2007-2008, entre otros— hay que sumar sus artículos, ensayos, cuadernos de notas y su libro de memorias, *Una mosca en la sopa*, publicado en español el 2010

NELSON RIVERA

CHARLES SIMIC, BARCELONA, 2014 / ©LISBETH SALAS

En las madrugadas de 1943, Charles Simic escuchaba la radio. Tiene unos cinco años, su país está ocupado y el mundo está en guerra. El insomnio queda sembrado para siempre. Ese *modo insomnio* con que observará las revulsiones del mundo.

**

Caminaba de puntillas. Escuchaba noticias perturbadoras e incomprensibles. Dos años antes, sobre el edificio que estaba al cruzar la calle, había caído una bomba de la Operación Castigo (durante la Operación Castigo, más de 2 mil 200 bombarderos del Tercer Reich mataron a miles de civiles y destruyeron casi toda la infraestructura de Belgrado, en abril de 1941). Las llamas, la oscuridad del sótano: el sótano donde alcanzó a entender que muchos edificios habían sido destruidos.

**

"Muchas personas perdieron la vida en la casa de enfrente, entre ellas una familia con un niño de mi edad. Por alguna razón, se estuvo hablando de aquel tema durante años. Una y otra vez tenía que escuchar lo buena que era aquella familia, lo guapo que era aquel niño e incluso cuánto se parecía a mí. Aquello me resultaba un poco espeluznante, pero me seguían contando la historia sin tener en cuenta que me pudiera impresionar".

**

Con los niños del barrio juega a la guerra: ametrallamientos, bombardeos. *Tatatatá*. Se instalaban en lo que había sido el comedor del tercer piso. Desde allí escuchan los gritos de las madres que los llaman.

**

En la primavera de 1944 llegan nuevos bombardeos. El turno de los aliados. Simic padre se asomó al balcón y gritó: "los americanos están lanzando huevos de pascua". Hasta el verano la familia debió moverse de un lugar a otro, guiados por la marea o la intuición o por el miedo. No era posible saber dónde caerían las siguientes bombas.

**

El padre era un bromista inextinguible. Una noche llegaron los de la Gestapo. Simic niño lo vio: tiraron todo y se llevaron al padre a la fuerza. La desproporción. Lo liberaron pronto: no era con él, sino con su hermano.

**

Están en las afueras de Belgrado, en casa del abuelo paterno. Verano. La noticia: en Yugoeslavia se ha desatado una guerra civil.

**

Simic va con su madre a la estación de tren a despedir al padre. Aunque nada le explican, la intensidad del ambiente lo dice todo. No volverá a verle hasta diez años después.

**

Desde la casa del abuelo veía arder Bruselas. A veces se escapaba y caminaba por los alrededores. Se encontraban cadáveres en el río. No muy lejos, los combates. Los rusos se aproximaban. "En nuestro país las distintas facciones políticas y militares saldaban cuentas (…) A nuestros vecinos los ejecutaron en su propio hogar. La gente de nuestra calle desaparecía sin más. A nosotros no nos pasó nada. Mi madre estaba muy embarazada, apenas podía caminar. No tenía convicciones políticas".

**

En octubre de 1944, el pequeño Charles Simic estuvo a punto de morir. Durante un avance alemán escuchó el sonido de una bala pasar a su lado. A continuación, irrumpe la madre: lo tira al piso y lo cubre con su cuerpo.

**

Por aquellos días nació su hermano. En la primavera de 1945 comenzó a ir al colegio. Tiene siete años. Las clases no eran regulares. Simic ya sabía leer y escribir. Y mentir. Extraía la pólvora de los proyectiles que encontraba tirados, la vendía y se compraba algún juguete. Lo hacía, aun cuando conocía a otro niño que había perdido las manos. "Me había convertido en un mentiroso profesional".

**

Callejea. No va al colegio, lugar de adoctrinamiento. En la ciudad pululan niños abandonados o casi abandonados. Hay pandillas, delincuentes precoces, matoncillos de fama, jerga que mutaba, lugares que deben evitarse. Serpenteaba. Robaba. Velocísimo escapaba de sus perseguidores. Alguna vez le dieron una paliza. Se mezclaba en asuntos que atizaban las rivalidades. Los alimentos estaban racionados. "Recuerdo entrar en una tienda de comestibles, agarrar cualquier cosa del mostrador y salir corriendo". Un habilísimo ladronzuelo.

**

A la madre le llegan noticias: el padre está en Trieste. A pesar del peligro intentan cruzar la frontera. Viajan en un tren en condiciones deplorables. "Aunque los alemanes se habían ido, todavía se sentía su presencia. Éramos serbios en Croacia, donde los fascistas se habían dedicado a exterminar serbios en el transcurso de la guerra. Apenas abríamos la boca". Al llegar habían cerrado la frontera.

**

Segundo intento. A cambio de dinero, les ayudarían a cruzar la frontera por Austria. "Era casi de noche cerrada cuando un hombre nos recogió y nos condujo a un caserío donde nos esperaban dos hombres armados. El resto de la noche lo pasamos escalando montañas. Mi madre llevaba a mi hermanito en brazos. Le habían dado algo para que durmiera. Teníamos que permanecer en el silencio más absoluto incluso cuando descansábamos por unos instantes". En la absoluta oscuridad, uno de los hombres enciende un cigarrillo. De inmediato se escucha un grito en alemán. Disparos. Los hombres huyen. Se quedan solos. Al minuto los captura una patrulla austro-americana. Los conducen a unos barracones y entregan al ejército inglés. De allí, hasta la frontera, donde pasan al control de guardias yugoeslavos. De prisión en prisión, hasta llegar a Belgrado. En dos ocasiones el pequeño Charles Simic fue encerrado en celdas atestadas de hombres.

**

1947 y 1948 son años de hambre extrema. La madre y los dos hijos pasan días sin comer. Practicaban el trueque. Todo lo entregaron a cambio de animales o alimentos. Simic tiene diez años y lee lo que encuentra en la biblioteca de su padre. Con desafuero. En las madrugadas el insomne enciende la radio y descubre el jazz. Ellington, Basie, Holiday. Sueña: ese es el mundo al que quiere pertenecer. No iba al colegio. Vagabundeaba y mentía. Se metía durante horas en las salas de cine, fan del cine americano. Hasta que la policía dio aviso. "En septiembre regresé al colegio un curso por debajo de mis compañeros de clase, y me di cuenta de que odiaba aquel lugar. Sabía que era cuestión de tiempo que me volviera a meter en un lío".

**

Simic jugaba baloncesto en la calle, cuando escuchó la voz de su madre. Le dijo, así de súbito, nos vamos de vacaciones. Sin maletas. Dos días después están en París, extenuados. Un año viven en un hotelucho: Charles duerme en el piso. En la única cama, la madre y el hermano. La pobreza se hizo extrema. Sus vestimentas son objeto de miradas en las calles. Los camareros y los peatones les temen. Entiende que es percibido como un extranjero sospechoso. Un niño a punto de robar.

**

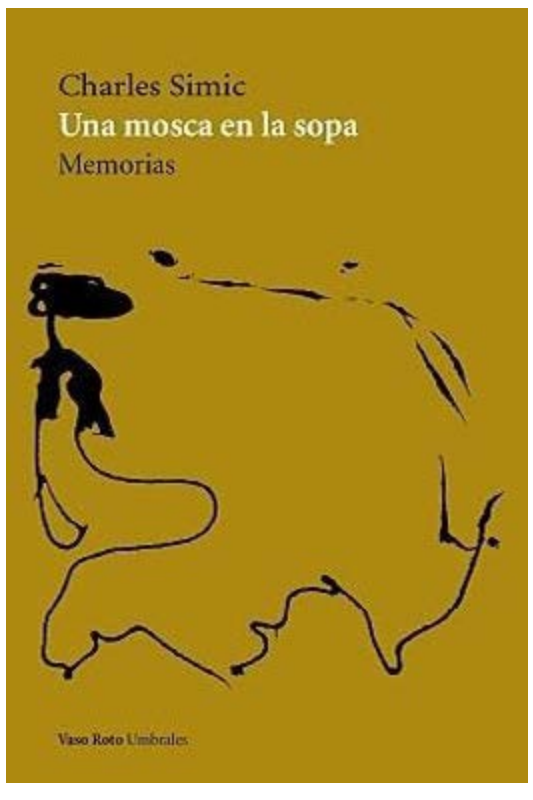
Ingresa a un colegio donde sus desventajas se profundizan. "Se limitaban a poner ceros en todas las asignaturas". Pronto se incorpora al grupo de los patanes. Algunas noches sale con los malandrines del colegio. Tiene 15 años –1953–, confinado en un rincón del aula, ajeno a sus hechos. Más o menos por aquellos tiempos, en Simic aparecen, cada vez más nítidos, trazos de vidas imaginarias. Estando en París la familia encuentra unas clases gratuitas de inglés, que dictan en el World Church Service. Los tres asisten.

**

"A principios de junio de 1954 nos entregaron los visados para viajar a América. Tardamos algunas semanas más en sacar los billetes para el viaje. El World Church Service nos pagó los billetes y, además, sin escatimar dinero. Embarcaríamos en el *Queen Mary* el 5 de agosto".

**

El adolescente inicia una etapa de vértigo, de descubrimiento de otros mundos. Aunque viajan en una especie de tercera clase, Simic se las arregla para pasar hacia los laberintos del inmenso trasatlántico: tiendas y restaurantes franceses, mujeres elegantísimas y perfumadas. La visión de Manhattan le deja sin palabras. Del otro lado de la aduana, el padre. En el hotel al que los conduce el padre, un descubrimiento: un televisor en el que transmiten un juego entre Dodgers y Giants. Ese mismo día, 10 de agosto de 1954, salen a caminar, les compran ropas y zapatos. "Esto fue solo el comienzo. Luego pasaríamos juntos muchas noches como aquella".



**

Al tiempo les alquila un apartamento en Queens. El hombre regresa a su trabajo y Charles viaja con él. Lo que surge entre ellos no es la relación padre e hijo, sino una amistad. Siente fascinación por la lengua inglesa. Lee a Mark Twain y a Ernest Hemingway. Apenas sin trámites ingresa en una escuela. A menudo permanece en silencio, le avergüenza su acento. Trabaja al salir de la escuela, los días sábados: contaba tornillos que se utilizaban en la construcción de aviones. Por lo tanto, cada pieza tenía mucho valor. Adquirió un tocadiscos barato y sus primeros discos de jazz. Los domingos consistían en recorrer Manhattan e ir al cine. "Me sorprende lo poco que tardamos en sentirnos en Estados Unidos como en casa".

**

En 1955 van a vivir a Chicago. Simic explora la pintura y la poesía. Sobraban las oportunidades de trabajo. El sueño americano resplandece. "Mis mejores maestros, tanto en arte como en literatura, fueron las calles por las que vagué". Va a vivir solo. Pasa horas en la biblioteca. Lowell, Jarrell, Stevens, Pound. Charlie Parker y Stan Getz. Paulatinamente se incorpora al mundo de personas afines. Era prolífico. Sus primeros poemas aparecieron en la edición de invierno de 1959, de *Chicago Review*.

**

Podría añadir aquí más episodios de los avatares, dificultades, borracheras, errancias y los virulentos giros que se produjeron en la vida de Simic, hasta que fue reclutado en 1961, experiencia con la que finaliza sus memorias. No quería seguir siendo un extranjero. Su anhelo más profundo: integrarse. Pertenecer. "Creía a pie juntillas en el sueño americano".

**

Lo afirma en *Una mosca en la sopa*: en cuatro o cinco años se había convertido en otra persona. "El experimento que estaba realizando el siglo con el exilio todavía no había terminado".

**

A continuación, New York. Horas y horas en salas de cine. "No soltaba los libros ni para mear". Vino el asombroso descubrimiento de la poesía latinoamericana. Una amante, que le doblaba la edad, le dijo un día: *tengo la impresión de haber vivido más noches que días a lo largo de mi vida*.

**

Charles Simic escribió su libro de memorias en sus cincuenta años. Lo que vino, una vez que el veinteañero finalizara su período en el ejército, quizá pueda metaforizarse así: la expansión de una vida. Su florecimiento amoroso y crítico, entrañable y distante, que atraviesa sus escrituras: poemas, cuadernos de notas, artículos y ensayos literarios.

En todas, el mismo hilo firme: su limpio uso de la lengua inglesa, como si ella fuese el instrumento para observar, descomponer y clarificar el mundo.

En todas sus escrituras, el niño que fue testigo de los horrores del siglo XX. El que incorporó un cierto humor, un giro de comicidad, una jovialidad con la que levantar un coto, para impedir que la memoria de lo padecido se lo tragara de una vez para siempre.

En todas sus escrituras, el niño por su cuenta: hombre que se ha hecho cargo de su vida. Que afirma: no represento a nadie. Que se espanta ante los propósitos de perfección, germen de los totalitarismos.

En el niño gamberro están los sustentos de su *ars literaria*: las visiones que irrumpen en la mente del que no logra conciliar el sueño; la imaginación salvífica, fascinación por lo inesperado; la alarma ante la intrusión de la fuerza; el desprecio por las formas unilaterales del poder; la cautela que exigen las apariencias; la empatía –distinta a la solidaridad– dirigida a los condenados; los mínimos secretos a la vista del modo de vida americano; las potentes imágenes de la opresión; pero también, a fin de cuentas, esa especie de ventana abierta que está al final de todas las cosas: ese algo de la vida que, a pesar de todo, sonríe.

Charles Simic: el eterno niño gamberro.

**Una mosca en la sopa. Memorias*. Charles Simic. Traducción: Jaime Blasco. Vaso Roto Ediciones, España, 2010.

CHARLES SIMIC >> NOTAS, POEMAS Y UN ARTÍCULO

El monstruo ama su laberinto. Selección

Dios murió y nos quedamos con Emerson. Algunos siguen ordeñando la vaca de Emerson, pero hay problemas con esa leche.

**

La infelicidad norteamericana carece de historia porque la historia se ocupa de hechos reales y no de un Sueño.

**

Nuestros conservadores y nuestros liberales sueñan por igual con la censura. Su ideal, aunque no se den cuenta, es la China de Mao. Solo unos pocos libros en las librerías y las bibliotecas, y todos transmitiendo un mensaje honesto, saludable.

**

Siempre extranjero, siempre extraño, alguien que despierta sospechas. Hasta los maniquíes sonrientes de los escaparates me ojeaban hoy con recelo.

**

"Lo perdimos todo", solía decir mi madre. Tenía razón. Todo lo que tuvimos alguna vez en forma de identidad y de posesiones dejo de existir. Un día éramos los vecinos de la puerta de al lado y al día siguiente una chusma sin patria.

**

De noche tengo con frecuencia el mismo sueño: un policía aduanero pisa con su bota mi pasaporte.

**

Sin la especie del odio, ninguna creencia o ideología tiene posibilidades de hacerse popular. Para ser un creyente genuino tienes que ser un campeón del odio.

**

El poema en prosa es como un perro que habla.

**

Se diría que la ambición de gran parte de la teoría literaria actual es la de encontrar maneras de leer literatura sin el concurso de la imaginación.

**

Como muchos otros, crecí en una época que predicaba la libertad y construía campos de esclavitud. En consecuencia, los reformadores de toda laya me aterrorizan. Basta con que me digan que van a servirme una variedad mejorada de jamón cocido bajo en grasa para que sienta náuseas.

**

Una teoría del universo: la totalidad es muda; la parte grita de dolor o se ríe a carcajadas.

**

De niño, los chicos malos del mi barrio me aconsejaban agarrarme los machos cada vez que un cura andaba cerca. Fue la primera lección estética que recibí.

**

He aquí una ley férrea de la historia: la verdad se sabe justo en el momento en que a nadie le importa una mierda.

**

En un zoo observé a muchos animales que tenían un parecido fugaz conmigo.

**

En cuanto a mi insomnio era como si llevaran al patíbulo cada noche y me obligaran a decir unas palabras.

**

El periódico enrollado con el que sale a matar moscas tiene la foto del presidente en la primera página.

**El monstruo ama su laberinto*. Cuadernos. Traducción: Jordi Doce. Epílogo: Seamus Heaney. Vaso Roto Ediciones, España, 2015.

Los sueños que he tenido (y los que no)

"Una vez, en una fiesta en Nueva York, hablé con una chica que me contó que había soñado que había conocido a Ernest Hemingway en otra fiesta. Le había preguntado si quería ir con él a un safari por África. Ella aceptó y al día siguiente, todavía en el sueño, Hemingway se presentó en su casa con un Porsche rojo para comenzar el viaje"

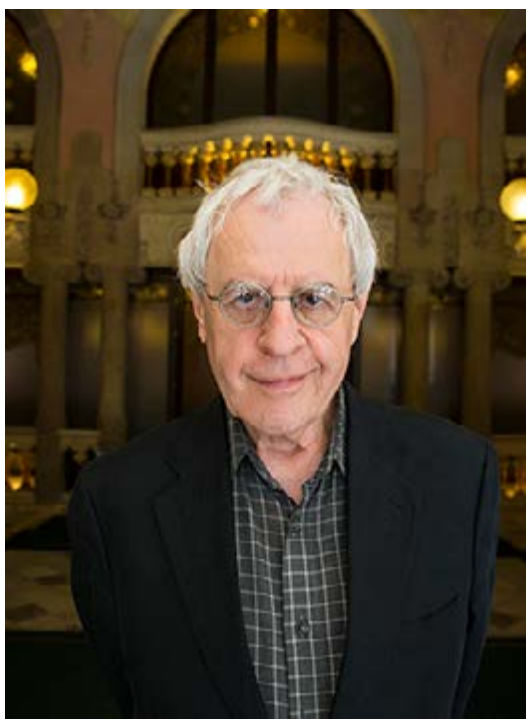
CHARLES SIMIC

Cuando era joven, rara vez recordaba mis sueños, y solía asegurar a mis amigos que yo no tenía ninguno. Es posible que la razón estuviera en que no me iba a la cama hasta que no estaba completamente exhausto, por lo que caía en un profundo sueño del que me despertaba como si lo hiciera del mundo de los muertos. Los sueños que podía recordar eran pocos y distantes entre sí. Su mala iluminación, la calidad de la imagen y los argumentos estúpidos les daban la apariencia de una película hecha por Los tres chiflados; eran una serie de imágenes que mezclaban los acontecimientos del día con recuerdos más antiguos, añadiendo algo de miedo y un poco de pornografía para animar las cosas.

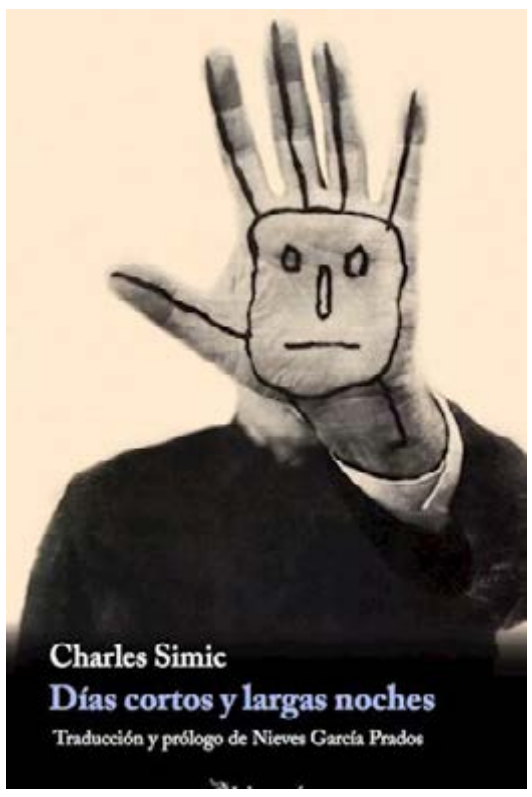
Solía sorprenderme escuchar cómo los sueños de los demás se desarrollaban como un culebrón de tarde. Una vez, en una fiesta en Nueva York, hablé con una chica que me contó que había soñado que había conocido a Ernest Hemingway en otra fiesta. Le había preguntado si quería ir con él a un safari por África. Ella aceptó y al día siguiente, todavía en el sueño, Hemingway se presentó en su casa con un Porsche rojo para comenzar el viaje. El hecho de que condujeran sobre el océano no fue lo que más me impresionó, sino que hubiera un día siguiente en su sueño, e incluso otros días después de eso. Aunque ella pudo inventarse aquella historia yo la creí, tal vez por su apariencia de joven monja.

La situación se fue volviendo vergonzosa a causa de la poesía. Algunos críticos decían de mis poemas que daban la impresión de haber salido directamente de algún sueño. Cuando explicaba que no era así, que únicamente era producto de mi imaginación, no todos quedaban contentos. En aquellos años en Estados Unidos había un gran interés por el surrealismo y se discutía de forma incesante sobre la escritura automática. El subconsciente era entonces una fábrica de imágenes en las que tenía su origen todo lo que de original y maravilloso hay en el arte.

Un amigo poeta incluso trató de poner en práctica de forma radical esta idea para mejorar la calidad de su escritura. Un par de noches a la semana cenaba una pizza entera de pepperoni antes de irse a la cama a medianoche y programaba en la radio una cadena de rock and roll para que Little Richard y Jerry Lee Lewis lo despertaran del sueño profundo a las cuatro de la mañana. De ese modo se apresuraba entonces a la mesa a escribir y garabatear todo lo que pudiera recordar de lo que había soñado. Esperaba obtener tesoros incalculables, pero en lugar de eso lo que consiguió fue que su mujer lo persiguiera con un cuchillo en mitad de la noche y otros clásicos de terror inmortales propios de alguien que come de más y se va a dormir con el estómago lleno. En una rara ocasión logró alguna frase desconcertante como: "elefantes atacando el cielo de mi boca", lo que le hizo entrar en éxtasis y repetir el experimento al día siguiente.



CHARLES SIMIC, BARCELONA, 2014 (RECORTADO) / ©LISBETH SALAS



En cuanto a mí, en una vida de sueños a olvidar y sin nada de extraordinario, solo unos pocos destacan. Por ejemplo, hace unos años soñé que estaba en el escenario durante la representación de la ópera *Aida* a punto de cantar la famosa aria Celeste Aida, en la que Radamés, el joven guerrero egipcio, expresa su esperanza por la victoria en la próxima batalla y proclama su amor por la esclava etíope. Llevaba puesto algo parecido a un casco que casi me cubría los ojos. Además, sostenía una lanza en la mano y estaba muy preocupado por lo que sucedería después. Aunque conozco bien la melodía, solo puedo recordar las palabras de apertura y me imagino que en aquel sueño iba a tener que inventarme el resto con palabras que sonasen a italiano. Lo hago, pero entonces me surge otro temor, una nota alta que me espera al final del aria y que estoy seguro que no voy a ser capaz de alcanzar. Prefiero evitar lo imposible y canto la apertura una y otra vez como un viejo disco rayado. Afortunadamente, desperté y enseguida me di cuenta de que estaba en la cama de un motel a las afueras de Buffalo, Nueva York.

En otro sueño, que permanece vivo en mí y del que recuerdo hasta el último detalle, soy el secretario de Stalin, o más bien su criado, que camina tras él por el Kremlin con gesto adulador mientras el dictador saluda a sus oficiales. Soy perfectamente consciente de que es un hombre que ya ha matado a millones de personas, pero me esfuerzo con cada expresión y para evitar el mismo destino que sus víctimas. Incluso en el sueño mi comportamiento servil me horroriza. Me desperté completamente avergonzado de mí mismo. ¿Era una especie de profecía? Me preocupé. Como mis compatriotas serbios dicen, dentro de cada uno de nosotros se esconde una mierda. ¿Leía en aquel momento algún libro sobre Stalin y la Unión Soviética? Que yo recuerde, no. Se trata de un sueño muy extraño ya que tanto su entorno como mi comportamiento no parece responder a nada, por lo que anoté la fecha.

Los sueños más interesantes que me vienen a la mente no tienen un tema concreto. Son como encender la televisión a altas horas de la noche y que aparezca una escena de una película en blanco y negro que probablemente nunca hayas visto, pero que te suene vagamente a algo familiar. Es decir, no es el argumento en sí mismo (que por lo general es desconocido), sino alguna escena o imagen sacada de contexto lo que llama nuestra atención, porque las encontramos intrigantes o estéticamente agradables. De esa manera nos persiguen durante años. ¿Quién habría pensado –nos decimos después a nosotros mismos– que en esa habitación oscura a la que llamamos cerebro seríamos capaces de producir algo tan conmovedor y hermoso? Por supuesto, como ya sabemos, tratar de describir a alguien este tipo de sueños es tarea imposible, ya que podemos explicar las acciones que se desarrollan en ellos pero no las complejas emociones que podemos llegar a sentir y que, para ser honestos, ni siquiera entendemos. El mundo debe de estar lleno de gente que yendo al trabajo lleva en su cabeza recuerdos de un cine de sueños, obras maestras desconocidas que nunca van a ser representadas en ningún teatro y que existieron para un único espectador que las verá una única vez.

---

*Pertenece al libro *Días cortos y largas noches*. Charles Simic. Traducción y prólogo de Nieves García Prados. Valparaíso Ediciones. España, 2017.

Poemas de Charles Simic

Mi madre era una trenza de humo negro.
Me llevaba bien arropado sobre las ciudades en llamas.
El cielo era un inmenso lugar barrido por el viento para que un niño jugara en él.
Encontramos a muchos como nosotros. Trataban de ponerse sus abrigos con brazos hechos de humo.
En vez de estrellas, los altos cielos estaban llenos de pequeños y encogidos oídos sordos.

**

Escalígero palidece mortalmente al ver un berro. Ticho Brahe, famoso astrónomo, se desmaya al ver un zorro enjaulado. María de Médicis se marea súbitamente al ver una rosa, hasta en pintura. Mis antepasados, entretanto, comen repollo. Remueven el cazo buscando una pezuña de cerdo que no existe. El cielo es azul. El ruiseñor canta en un soneto renacentista, e inmediatamente alguien se va a la cama con un dolor de muelas.

**

Fui secuestrado por los gitanos. Mis padres me rescataron. Luego los gitanos volvieron a secuestrarme. Esto duró un tiempo. Un minuto estaba en la caravana, mamando de la oscura teta de mi nueva madre, y al minuto siguiente estaba sentado a la mesa imperial del comedor, tomando mi desayuno con una cuchara de plata.
Era el primer día de primavera. Uno de mis padres cantaba en la tina; el otro pintaba un gorrión vivo con los colores de un pájaro tropical.

**

Es una tienda especializada en porcelana antigua. Ella va de un lado a otro con un dedo en los labios. ¡Chist! Hay que guardar silencio cuando nos acercamos a las tazas de té. Ni un suspiro junto a los azucareros. Una mota de polvo diminuta se ha posado en un platillo tan fino como una oblea. Ella deja escapar un "oh" de su boca de mochuelo. En los pies lleva zapatillas acolchadas en torno a las cuales corretean los ratones.

**

Ella me alisa suavemente con una plancha de vapor, o desliza su mano en mi interior como si fuera un calcetín que necesita un zurcido. El hilo que usa es como el gotear de mi sangre, pero lo punzante de la aguja es todo suyo.
"Te vas a arruinar los ojos con esa luz tan mala,
Henrietta", le advierte su madre.
¡Y tiene razón! Nunca desde que empezó el mundo ha habido tan poca luz. Se sabe que nuestras tardes de invierno han durado a veces cien años.

**

Éramos tan pobres que tuve que hacer de cebo en la ratonera. A solas en el sótano, podía oírles moverse por el piso de arriba o dar vueltas en la cama.
"Vivimos malos tiempos, tiempos oscuros", me decía el ratón mientras me mordisqueaba la oreja. Pasaron los años. Mi madre llevaba puesto un cuello de piel de gato, que acariciaba hasta que las chispas alumbraban el sótano.

---

*Pertenecen al libro *El mundo no se acaba*. Edición bilingüe a cargo de Jordi Doce. Vaso Roto Ediciones, España, 2013. El mundo no se acaba fue galardonado con el Premio Pulitzer de Poesía 1990.